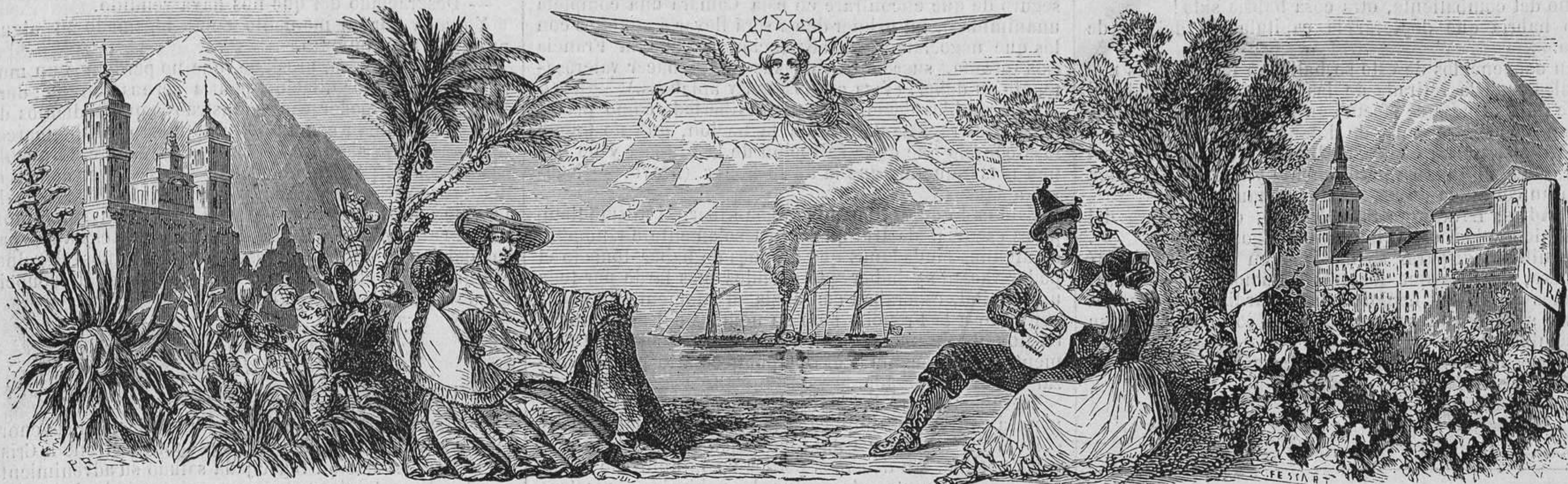


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — Tomo XXXVII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 943.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

SUMARIO.

Los últimos tiros; grabado. — Discurso de M. Jules Favre en la Asamblea nacional de Burdeos. — Jacobo de Sar-

teix. — Los globos-correos. — Los cañones por suscripcion; grabado. — Las ambulancias bombardeadas; grabado. — Honores fúnebres de algunos pueblos antiguos. — Revista de Paris. — Poesia. — Los batallones de guerra de la guardia nacional de Paris; grabado. — Luisa. — Ange-

la. — Los palomos mensajeros; grabado. — Efectos del bombardeo; grabados. — Escenas de la vida inglesa. — Entrada de las tropas despues del armisticio; grabado. — Evacuacion del caserío de Drancy, de las compañías de guerra de la guardia nacional; grabado.



DEFENSA DE PARIS. — Últimos tiros de los guardias nacionales del batallon de guerra N° 46, en la noche del 27 de enero.

Los últimos tiros.

Otro recuerdo mas vamos á consagrar al París combatiente, que ha caído sin saberlo, que ha sido entregado al enemigo justamente en el momento en que soñaba con la lucha suprema de la que se prometía su salvación.

¡Ah! ¡Si el mando hubiese estado á la altura del heroísmo del combatiente, otra cosa habria sido!

No habria que deplorar la capitulación del 28 de enero.

Tan convencidos de esto se hallaban los guardias nacionales, que la retirada de las avanzadas en todo el frente de las líneas se efectuó en medio de mil demostraciones de sentimiento, de dolor y de ira.

— ¡Adios, nuestro querido Drancy! decían en aquel caserío defendido tan valerosamente y que se avanzaba como un centinela en las líneas prusianas.

— ¡Adios, Lavarenne Saint-Hilaire, esa ratonera del Marne donde han caído tantos enemigos!

Los últimos disparos se hicieron en la noche del 27 de enero, despues que los tres Horacios de la defensa, soldados de línea, nacionales y guardias movilizados habian sellado con su sangre en la jornada del 19 su indisoluble alianza.

Este postrer esfuerzo de la defensa es el que consagramos en esta lámina.

H. V.

Discurso de M. Jules Favre

en la

ASAMBLEA NACIONAL DE BURDEOS.

Hé aquí el discurso que M. Jules Favre pronunció en la sesión del 13 de febrero, entregando los poderes del gobierno de la defensa nacional en manos de la Asamblea:

Jules Favre desde su sitio: Al depositar en manos de los representantes de la nación los poderes del gobierno de la defensa nacional, cumplo un deber que es para mí sumamente grato. (Movimiento.)

Desde que los miembros del gobierno de la defensa nacional fueron encargados de la misión que aceptaron, no han tenido mas preocupacion ni mas deseo que ver llegar el dia en que les fuese posible hallarse en presencia de los mandatarios del pueblo. (Muy bien.)

Ha llegado el momento en que están ante vosotros, en circunstancias dolorosas y crueles; pero, señores, gracias á vuestro patriotismo, gracias á la union de todos, á la cual, estoy convencido de ello, no hacemos un estéril llamamiento... (bravos), y que en caso necesario nos lo aconsejan la desgracia, el buen sentido, la inquietud por los intereses de nuestra querida patria... (nueva aprobacion), llegaremos á vendar sus heridas y á reconstituir su porvenir. (Otro movimiento de adhesion y aplausos.)

A vosotros, señores, pertenece esta grande obra. En cuanto á nosotros, nada somos ya; estamos sujetos á vuestra jurisdiccion, prontos á responder de todos nuestros actos, convencidos de que no hallaremos en su exámen mas que la lealtad que inspirará todas vuestras deliberaciones, como podeis tener el convencimiento de que no nos guiará otra idea en las explicaciones que debamos hacerlos. (Marcas unánimes de sentimiento.)

En tanto que no se constituye un nuevo poder, que será el verdadero poder legítimo, que decida de los destinos de la Francia, tengo el honor de deponer en la mesa de la Asamblea la siguiente declaracion:

« Los miembros del gobierno de la defensa nacional abajo firmados, tanto en su nombre como en nombre de sus colegas que ratificaran la presente, tienen el honor de colocar sus poderes entre las manos del presidente de la Asamblea nacional. Permanecerán en su puesto para el mantenimiento del orden y la ejecucion de las leyes, hasta que hayan sido relevados regularmente. » (Muy bien.)

Todos los ministros deponen igualmente su dimision, con la condicion que esperarán al sucesor que les designeis; y hasta este momento, que espero será corto, cada uno de nosotros se compromete á hacer su deber. (Muy bien.)

El mio, señores, era de aparecer á vuestra presencia lo mas pronto que me fuera dable. En circunstancias muy penosas que tendré ocasion de hacerlos conocer mas tarde detalladamente, fijé el dia 8 de febrero para la eleccion de los diputados de la Francia y el 12 para su reunion. Era casi un imposible; pero contaba con el patriotismo de la Francia y sabia que solicitando de ella este supremo y casi milagroso esfuerzo, quedaríamos entendidos. (Movimiento. — Muy bien.)

La mejor prueba de que no me he engañado es el veros aquí reunidos.

Tenia interés, permitidme decirlo, por el gobierno que tengo el honor de representar, por vosotros, por el enemigo y aun por la Europa, en que fuésemos exactos á esta data.

Por esto he venido desde París á Burdeos. Os pido el permiso de volver á mi puesto por algunos dias, donde tengo deberes difíciles y delicados que cumplir. No puedo explicarme de otro modo en presencia de todas las dificultades que nos rodean; pero comprendéis muy bien que habiendo empezado esta obra bajo nuestra responsabilidad, no la abandonaremos sino despues de aceptar respecto de vosotros el juicio que dareis, en vuestra equidad, sobre nuestra conducta. Mi primer cuidado como mi primer deber (termino por esta observacion y no tengo necesidad de consultarlos para estar seguro de que encontraré en esta Cámara una completa unanimidad), mi primer deber será llevar á aquellos con los que negociamos, la afirmacion de que la Francia está pronta, suceda lo que suceda, á hacer valerosamente su deber. (Viva aprobacion y aplausos.)

La Asamblea decidirá en plena libertad, como pertenece á los representantes de la nación, que no toman mas consejo que de la salvacion de la Francia y no tienen mas inquietud que la de su honor. (Bravo. — Nuevos aplausos.)

Esto es lo que el enemigo debe saber. Al mismo tiempo es esencial decirle que no es solamente en nombre de algunos ciudadanos que despues de haber tomado el poder vacante y haber sido elegidos mas tarde por toda una capital, esperaban con ansia el momento de poder consultar á la Francia, sino en nombre del pais entero, en nombre de una Asamblea que le representa legítimamente, que le pedimos el tiempo necesario para finalizar la obra empezada.

Ya sabeis que se habia fijado un plazo previamente, pero la convencion implicaba la renovacion del armisticio. A mi entender esta renovacion debe ser lo mas corta posible. No debemos perder un minuto; no debemos olvidar nuestras desventuradas poblaciones pisoteadas por el enemigo, sin que sea posible, á pesar de nuestros esfuerzos y como lo hubiésemos deseado, dulcificar su situacion. Tened la seguridad de que sus lágrimas, sus sacrificios gravitan pesadamente, no diré sobre mi conciencia, porque ante Dios soy inocente, sino sobre mi responsabilidad, y que no tengo mas premura que llegar al término de estas miserias. (Movimiento.)

Estoy seguro de que nos ayudareis y de que puedo contar previamente con vuestro concurso. Diré á los negociadores que la Asamblea de Francia desea se nos acuerde una próroga corta pero suficiente, para que con madurez y entero conocimiento de causa pueda decidir de los destinos de la nación. (Vivos aplausos.)

Jacobo de Sartieix.

I.

Por el lado del Norte, poco distante de Copenhague, se elevan las colosales ruinas del monasterio de Santa Elena: sus columnas derribadas, sus arcos hundidos, sus vastos pórticos desmoronados y sus mármoles arrancados y esparcidos en desorden le dan un aspecto lúgubre é imponente. La pesada mano de los siglos ha reducido á un monton de escombros todas las bellezas del arte que encerraba en sus elevados muros; sus claustros transitados por la piedad, ahora solo ocupados por inmundos reptiles, todo presentaba la idea de la devastacion y de la muerte. Una Virgen de piedra colocada sobre un roto capitel en un ángulo del edificio, puesta al abrigo de la intemperie con algunos tapices viejos y una pequeña lámpara de mohoso bronce, daba á conocer que alguna mano piadosa conservaba aquel recuerdo del culto á que se habia consagrado aquel grandioso edificio. El silencio preside en los montes y en los valles. El reloj de la capital ha dado las doce, y las ruinosas bóvedas han repetido su fatídico y misterioso sonido.

Un hombre camina por entre las ruinas; llega á la silvestre capilla, despójase de un largo ropón que le cubre, su estatura es aventajada, su fisonomía varonil y ostenta la fresca lozanía de la juventud: hace una corta plegaria y reconoce despues con penetrante mirada los objetos que le rodean, y dice:

— Aun no ha venido, y la hora de la cita ya ha pasado. ¿Si le habrán sorprendido? ó sí...

Al acabar estas palabras se siente un ligero ruido y penetra otro hombre; apenas puede hablar, tal es su agitacion; se quita un enorme sombrero que casi le cubre el rostro, y adelantándose con señales de respeto al primero, le dice:

— Habréis estado impaciente con mi tardanza; pero voy á decirlos cuál ha sido la causa. Ya me volví, cuando al llegar á la plaza de San Juan me figuré que un hombre me seguía; di mil vueltas por aquellas malditas calles hasta que lo perdí de vista, á bien que si mis sospechas hubieran tenido mas fundamento yo le hubiera hecho guardar el secreto.

Dijo esto llevando una mano denegrida y hermosa á un ancho puñal que pendía de su cintura.

— Y bien: ¿qué has podido indagar? le interrumpió el desconocido.

— Mucho: hé aquí la llave de una puerta excusada que dá desde el jardín á su habitacion.

— ¡Ah buen Brant! tú eres mi ángel tutelar. Y dime: ¿la viste?

— No, por mas que hice. El baron, su padre, salió la caída de la tarde de su casa acompañado de uno á quien no conozco; hablaban con mucho calor: yo procuré aproximarme cuanto me fué posible sin que llamase la atencion, y me atreveria á jurar que trataban de una conjuracion que se habia descubierto, y que pronto la cuchilla de la ley cercenaria las cabezas de los culpables.

El rostro del desconocido, que le escuchaba inmóvil, toma de repente una expresion de sobresalto y exclama:

— Desgraciado del que nos haya vendido.

Y queda por un momento como abismado en algun profundo pensamiento.

— Sí, es preciso, prosigue, que no perdamos un momento; la menor dilacion podria sernos funesta; derroquemos del poder esos monstruos, que sedientos de riquezas abruman con su cetro de hierro la Dinamarca; húndanse para siempre los tiranos y recobre el pueblo sus derechos. ¡Ah! temblad, opresores; ya se acerca el dia de vuestro exterminio. ¡Emilia! ¡Emilia! Solo la idea de que tu alma sensible va á recibir un golpe mortal, me aterra... Fiel Brant, sé diligente; espía los pasos del baron mientras nosotros preparamos el golpe.

Dijo, y alzándose otra vez el tapiz salió el desconocido de la capilla seguido de Brant.

II

Agobiada la Dinamarca con el peso de las mas enormes contribuciones, habia visto subir al trono á Cristiano VII. La nación regocijada saludó su advenimiento con las demostraciones mas puras creyendo habia llegado el término de sus desgracias. El monarca demasiado jóven, no podia por sí solo manejar las riendas del Estado, y tuvo que lanzarse en los brazos de sus ministros, que al principio para asegurar sus proyectos trataron con menos dureza al pueblo, y este se entregó en sus manos, no tardaron estos hombres sedientos de riquezas y de poder en abusar de su ciega confianza. Vuélvense á fulminar contribuciones; la proscripcion y la muerte lanza fuera de aquel desgraciado pais á centenares de familias, y en aquellas fértiles llanuras se ve impresa la huella de la miseria y del exterminio, y los daneses tranquilos sin embargo, veían arrebatar de sus manos por los satélites de un gobierno feroz hasta las prendas mas queridas de su corazón: yacían en aquel sueño letárgico que suele anteceder al sacudimiento del yugo.

El baron de Kalviac, ministro de Cristiano, en quien este tenia depositada su confianza, era autor de tantas desgracias; su desmedida ambicion y una política execrable le habian granjeado la amistad de algunos y el temor de todos: su opulencia hacia un contraste singular con la miseria pública; las antecelas de su palacio se veían llenas de numerosos pretendientes y oficiosos cortesanos, que adulando al poder, daban nuevo impulso á las descabelladas intenciones de ceñirse un dia la corona; mas para que llegase era preciso antes hacer desaparecer de la escena política á una infinidad de hombres que aun gozaban algun prestigio por sus virtudes. El marqués de Sartieix y su familia fué en quien se cebó mas el furor de aquel terrible ministro. El valimiento que gozaba con el antecesor de Cristiano y las públicas muestras de aprecio y respeto que recibía del pueblo fueron bastante para que se decretase su proscripcion, y que las inmensas riquezas que poseía pasasen al Estado: y no pudiendo el ilustre marqués hacerse superior á mendigar un asilo lejos de su patria, sucumbió deplorando las desgracias que afligian á su pais, no dejando á Jacobo, que era el nombre de su hijo, mas que un apellido sin mancha y un corazón magnánimo.

Mas de una vez á sus solas temblaban los tiranos al ver como se desplomaba aquel edificio cimentado con el terror; pero pronto el incienso desvanecía aquella vaga niebla de remordimiento que suele pasar por el corazón del hombre malvado, sin dejar ni una señal de su tránsito. Una voz de reprobacion se levanta ya de todos los ángulos del reino, y aquellos hombres sanguinarios creían sofocarla añadiendo nuevas víctimas, nuevos impuestos hasta dejar en esqueleto á la nación.

El rey apenas se dejaba ver de sus vasallos, y las quejas de sus pueblos se estrellaban en la avidez de los ministros. El humilde propietario abandonaba sus campos. El pueblo indigente se envilecía, los grandes saciados se depravaban, y todo presagiaba la próxima ruina de aquella nación.

III.

Emilia es hermosa, raya en la edad que se desenvuelven las grandes emociones; su rostro está habitualmente cubierto de una interesante palidez, y en sus miradas no brilla aquella alegre vivacidad que anuncia la tranquilidad del corazón: hija del baron de Kalviac, criada en medio del bullicio de la corte y pretendida de los mas ilustres personajes, no ha respirado sin embargo aquel ambiente infeccionado que endurece el corazón.

Unida desde su mas tierna edad con la amistad mas pura á Jacobo, habia crecido con ella insensiblemente una pasión que llegó á formar parte de su existencia. Jacobo la amaba con la misma ternura, y felices veían

deslizarse los días que debían terminar en una unión que deseaban, cuando el conde de Kalviac, mirando al marqués de Sartieix como un obstáculo á sus miras ambiciosas, fulminó el terrible decreto de proscripción que acabó con su vida. Jacobo sin apoyo ya en el mundo, no ve en derredor de sí nada que pueda hacerle llevadera la existencia; solo Emilia, la inocente Emilia.

— ¿Qué es la vida, exclama, si tengo que renunciar para conservarla al solo objeto que puede disipar la espesa niebla de dolor que nubla mi corazón? ¡Adios, querida sombra de mi padre! ¡Adios, tierra hospitalaria, que vuelvo á mi patria á vengar al que me dió la existencia, á confundir á sus perseguidores y á respirar el aromado álito de la mas pura de las mujeres!...

Y corriendo los mayores riesgos llega á Copenhague acompañado de su fiel paje en el momento crítico en que el pueblo solo necesitaba de un hombre generoso que poniéndose á la cabeza diese fin á tantas calamidades. Su juventud y el nombre de su familia hicieron que fijasen en él los ojos los descontentos, y fué nombrado su jefe. En vano el joven marqués lucha por no aceptar un cargo que le ponía en el caso de ser el enemigo del padre de Emilia; mas el recuerdo del fin desastroso del suyo le decide y solo piensa en la salvación del pueblo.

La noche que se siguió á la entrevista de Jacobo con su paje en la capilla, Emilia pensativa y sin poder desear de su imaginación á Jacobo se retira á su estancia, y reclinada en un magnífico sillón, pone sus ojos humedecidos en el cielo y besa un rico medallón que pende de su cuello; permanece inmóvil un momento, y de repente, como si quisiera desechar una idea que la atormentaba, toma el arpa, y despues de preludiar con una gracia incomparable, canta con una voz suave y encantadora las siguientes estrofas:

Huyó la dulce ilusión
Del plácido amor que un día
Moraba en mi corazón...
Hoy es de dolor mansion,
Ayer lo fué de alegría.

Ayer su dicha esperaba
Quien lágrimas vierte ahora...
Jacobo, yo te adoraba
Como la atezada esclava
El sol del Africa adora.

Y aunque distante te veo,
Y aunque proscripto te miro
Siempre mi nùmen te creo...
Y arde voraz el deseo
Entre el fuego del suspiro.

Ven ¡ay! que Emilia te llama;
Ven y en su seno reposa...
¡Gran Dios! tu piedad derrama
Sobre una mujer que ama
Y que te implora llorosa.

Escucha su voto ardiente,
Y pues solo un don te pide,
En su amparo te decide;
Sé clemente.

Restitúyela el vivir
Devolviéndola su amor,
O con súbito rigor
Hazla morir.

La voz se había debilitado tanto que apenas se la oía; abundantes lágrimas descendían por sus abatidas mejillas, y sus mal reprimidos suspiros descubren la amarga situación de la hija de Kalviac; pero ¡qué tránsito tan inesperado se sucede á su dolor! Un joven ha penetrado en su estancia; se encuentran sus miradas, y ya se estrechan entre sus brazos sin articular mas palabras que

— ¡Jacobo!
— ¡Emilia!
— ¿Es cierto, Jacobo mio? ¡vives! ¡Ah! nunca, nunca nos separarán. ¡Estás abatido! ¿qué temes? Yo me arrojaré á los pies de mi padre y haré ver tu inocencia.

— No, hermosa Emilia; ya te estrecho contra mi corazón: ya nada temo, ni el destierro, ni la misma muerte.

Un agudo silbido se siguió á las últimas palabras de Jacobo,

— ¡Dios mio! esta es la señal, exclama el joven. Adios, la dice, imprimiendo un ardiente beso en la temblorosa mano de Emilia: no temas, que yo velo por vuestra existencia.

IV.

Un sol brillante iluminaba ya hacia algunas horas las calles de Copenhague. ¿Cuál será la causa del movimiento que por todas partes se nota?

— A la plaza de San Juan, grita una voz ronca.

Y un tropel le sigue hablando entre sí: otros corren sin saber á dónde; preguntan; nadie les da razón, y sin embargo siguen como si estuviesen iniciados y temiesen llegar tarde á la cita que no les han dado. Las guardias de palacio se han doblado; todos los puntos militares están en alarma, y los tímidos vecinos entreabren sus ventanas y discurren con sus familias cuál será el motivo de tan impensado suceso. Uno, echándose de hombre entendido, dice con tono misterioso:

— El rey ha hecho abdicación y el pueblo se reúne para hacer electiva la corona.

Otro asegura que el baron de Kalviac se ha declarado en rebelión abierta contra el rey y que el pueblo le apoya. La plaza de San Juan parece un lago agitado; todos hablan y nadie se entiende: las oleadas de gente arrastra á aquellos oradores improvisados, y todo es confusión: por último, un hombre de alguna edad, con un traje sucio y una espada mohosa pendiente de un cordón ha conseguido subir sobre unos maderos, y con voz segura y atiplada se dirige á la multitud; todos fijan sus miradas en el orador que empieza su discurso diciendo:

— Paisanos y compatriotas, basta de sufrir; bastante hemos tolerado, bastante...

— Bastante... le interrumpen los que forman la primera línea de aquella masa animada.

— ¡Silencio! dejadme proseguir: la causa de la miseria pública y de que nosotros y nuestros hijos vayamos cubiertos de harapos es la ambición de los que gobiernan. El rey no lo sabe y nuestras quejas no llegan á él. Ea, ¿qué os detiene? Vamos á recobrar lo que nos han robado y á castigar la insolencia del baron de Kalviac y de sus compañeros.

Una gritería espantosa se siguió á tan breve discurso y al momento se vieron vibrar por el aire multitud de espadas, chuzos, sables y toda clase de armas. Sale aquella muchedumbre de la plaza dando horribles alaridos y se dirigen al palacio. Las tropas no han osado oponerse.

— Que salga él rey, piden á voces.

Y de allí á breves momentos comparece el monarca en uno de los balcones y habla sin que se pueda entender lo que dice.

— ¡Silencio! ¡silencio! gritan todos.

Y sosegados ya un tanto, Cristiano les pregunta:

— ¿Qué es lo que queréis?

— Queremos ser libres.

— Que se nos entregue al baron de Kalviac, contesta el mismo de la plaza encaramado sobre las espaldas de sus compañeros; que no se nos echen contribuciones y que cese la miseria; que se nos entregue: muera el baron de Kalviac.

— Muera, contesta la turba.

El rey vuelve á hacer señal de que quiere hablar, y dice:

— En cuanto á lo primero, Kalviac será separado y la ley lo juzgará; en cuanto á la libertad y las contribuciones, todos mis desvelos se dirigirán á haceros mas felices.

— ¡Viva Cristiano! responde el pueblo; muera los traidores...

Y aquella multitud discurre por las calles dando voces. Un enorme grupo se ha parado delante de un edificio suntuoso; es el palacio del ministro favorito; piden que se les franqueen las puertas, y como no reciben contestación tratan de derribarlas. El ruido de las hachas ha cesado y la multitud ha penetrado en las habitaciones. El baron encerrado en la estancia de su hija espera lleno de terror en sus brazos una muerte horrorosa. Emilia llorosa le consuela: un presentimiento indefinible y sobre todo la entrevista misteriosa de Jacobo y sus últimas palabras, no temas, que yo velo por vuestra existencia.

— Pero ¿cuánto tarda! quizá no llegue á tiempo.

Ya han recorrido toda la casa, y no encontrando el objeto que buscaban prorumpen en gritos de rabia y destruyen cuanto les rodea: los pasos y las imprecaciones ya se oyen en el salón contiguo al de Emilia; la puerta cede á los reiterados esfuerzos de los amotinados; el baron yace desmayado en los brazos de su hija, que con el cabello suelto y en una actitud suplicante estaba mas hechicera que nunca; su silencio es cien veces mas expresivo que los mayores ruegos, y unos se miran á otros contenidos al parecer por una emoción de respeto inexplicable. Un hombre ha penetrado en la estancia atropellando á cuantos se le oponen y con una voz que manifiesta la agitación de su espíritu dice:

— ¿Qué, valientes daneses, queréis salpicar de sangre las páginas que han de contar á la posteridad el día que recobrando vuestros derechos habeis lanzado del poder á vuestros opresores? ¡Ah! no: empecemos siendo generosos; y por último, si queréis cometer un crimen, sea yo el primero que sucumba á vuestros golpes.

Un grito general de aclamación fué la contestación

que obtuvo, dejando de allí á breves momentos desiertos los salones que poco antes recorrían con furor.

— ¡Ah, generoso Jacobo! cuánto os debo, dice el abrumado conde entreabriendo los ojos; en breve voy á dejar una existencia que ya no podré contar sino por los momentos de amargura. Mi hija ¡ah! mi Emilia; la incertidumbre de su suerte es el mayor dolor que llevaré al sepulcro.

— ¡Ah padre mio, no traspaséis mi corazón con esas funestas ideas! Jacobo cuidará de nosotros... Y un ruboroso carmin bañó sus abatidas mejillas.

— Sí, contestó este con entusiasmo; tú serás la compañera de mis días y juntos con el baron viviremos en el rincón mas oscuro de la sociedad, pues que ya he salvado la Dinamarca y poseo tu corazón.

J. P.

Los globos-correos.

Durante el sitio de Paris, la administración de Correos ha despachado cincuenta y cuatro globos con 2,500,000 cartas, que representaban un peso total de 40,000 kilogramos.

Hé aquí la lista de estos globos-correos:
Neptune, salió el 23 de setiembre de 1870.
Cité di Firenze, el 25 de setiembre.
Etats-Unis, el 29 de setiembre.
Céleste, el 30 de setiembre.
Armand-Barbés, el 7 de octubre (en este salió Gambetta y se llevó los primeros palomos).
Washington, el 12 de octubre.
Louis-Blanc, el 12 de octubre.
Godefroy Cavaignac, el 14 de octubre (en este salió Keraty).

Guillaume Tell, el 14 de octubre (en este salió Ranc).
Jules Favre, el 16 de octubre.
Jean Bart, el 16 de octubre.
Victor Hugo, el 18 de octubre.
Lafayette, el 19 de octubre.
Garibaldi, el 22 de octubre.
Montgolfier, el 25 de octubre.
Vauban, el 27 de octubre (cayó cerca de Verdun en las líneas prusianas. Los viajeros se escaparon).
Colonel Charras, el 29 de octubre.
Fulton, el 2 de noviembre.
Ferdinand Flocon, el 4 de noviembre.
Galilee, el 4 de noviembre (capturado).
Ville-de-Chateaudun, el 6 de noviembre.
Gironde, el 8 de noviembre.
Daguerre, el 12 de noviembre (capturado).
Niepe, el 12 de noviembre.
Général Uhrich, el 18 de noviembre.
Archimede, el 24 de noviembre (este globo cayó en Holanda).
Ville-d'Orleans, el 24 de noviembre (cayó en Noruega).

Jacquard, el 28 de noviembre.
Jules Favre, segundo del mismo nombre, el 30 de noviembre (se cree que cayó en el mar).
Franklin, el 5 de diciembre.
Denis-Papin, el 7 de diciembre.
Général Renault, el 11 de diciembre.
Ville-de-Paris, el 15 de diciembre (cayó en el ducado de Nassau).

Parmentier, el 17 de diciembre.
Gutenberg, el 17 de diciembre.
Davy, el 18 de diciembre.
Général Chanzy, el 20 de diciembre.
Lavoisier, el 22 de diciembre.
Délivrance, el 23 de diciembre.
Tourville, el 27 de diciembre.
Bayard, el 29 de diciembre.
Armée-de-la-Loire, el 31 de diciembre.
Newton, el 4 de enero de 1871.
Duquesne, el 9 de enero.
Gambetta, el 10 de enero.
Képler, el 11 de enero.
Général Faidherbe, el 13 de enero.
Vaucanson, el 15 de enero.
Poste-de-Paris, el 18 de enero.
Général Bourbaki, el 20 de enero.
Général Daumesnil, el 22 de enero.
Torricelli, el 24 de enero.
Richard Wallace, el 27 de enero.
Général Cambonne, el 28 de enero.

Estos globos salieron:
26 de la estación de Orleans;
3 de la del Norte;
3 de la del Este;
3 de la plaza Saint-Pierre, en Montmartre;
2 del jardin de Tullerías;
2 del boulevard de Italia;
4 de Vaugirard.
4 de la Villette.

Además salieron otros que no eran de Correos, y que por esta razón no mencionamos.

R. S.

LOS

cañones por suscripcion.

El sitio de Paris ha dado ocasion á que se produzcan muchos actos de patriotismo, y entre los mas memorables, la suscripcion para la fabricacion de cañones merece señalarse particularmente, pues desde el dia en que el gobierno de la defensa dijo que necesitaba cañones, esa manifestacion belicosa se mantuvo en permanencia, tanto que el dia de la batalla de Montretout (19 de enero), asistimos aun á la presentacion de un cañon en el Hotel de Villa.

Muchas han sido las suscripciones patrióticas; pero entre todas ellas la que se abrió en la redaccion del periódico el *Siecle* es la que ha dado los resultados mas notables. Abierta el 14 de octubre y cerrada en los últimos dias del sitio la suscripcion ha producido la cantidad de ciento diez mil francos.

Gracias á tan importante cantidad, el periódico el *Siecle* ha podido ofrecer al gobierno de la defensa nacional tres baterías de cañones de á 7 que se cargan por la culata. La primera se entregó el 26 de diciembre, y los seis cañones regalados entonces se llamaban *Armand Carrel, Carnot, Kleber, Manin, Voltaire* y *Washington*.

Las suscripciones para un solo cañon han sido numerosas, así como han sido muy poderosos los esfuerzos de la poblacion de Paris. ¿Cómo ha sucedido que con tan grandes medios hayamos venido á alcanzar tan triste resultado?

II. V.

Las ambulancias

BOMBARDEADAS.

Cuando el general Trochu reclamó contra el bombardeo de los hospitales de Paris, M. de Moltke contestó que se trataria de rectificar el tiro, y al otro dia siguieron cayendo bombas sobre los establecimientos hospitalarios.

La ambulancia militar llamada de los Jóvenes ciegos es una de las que han tenido mas averías.

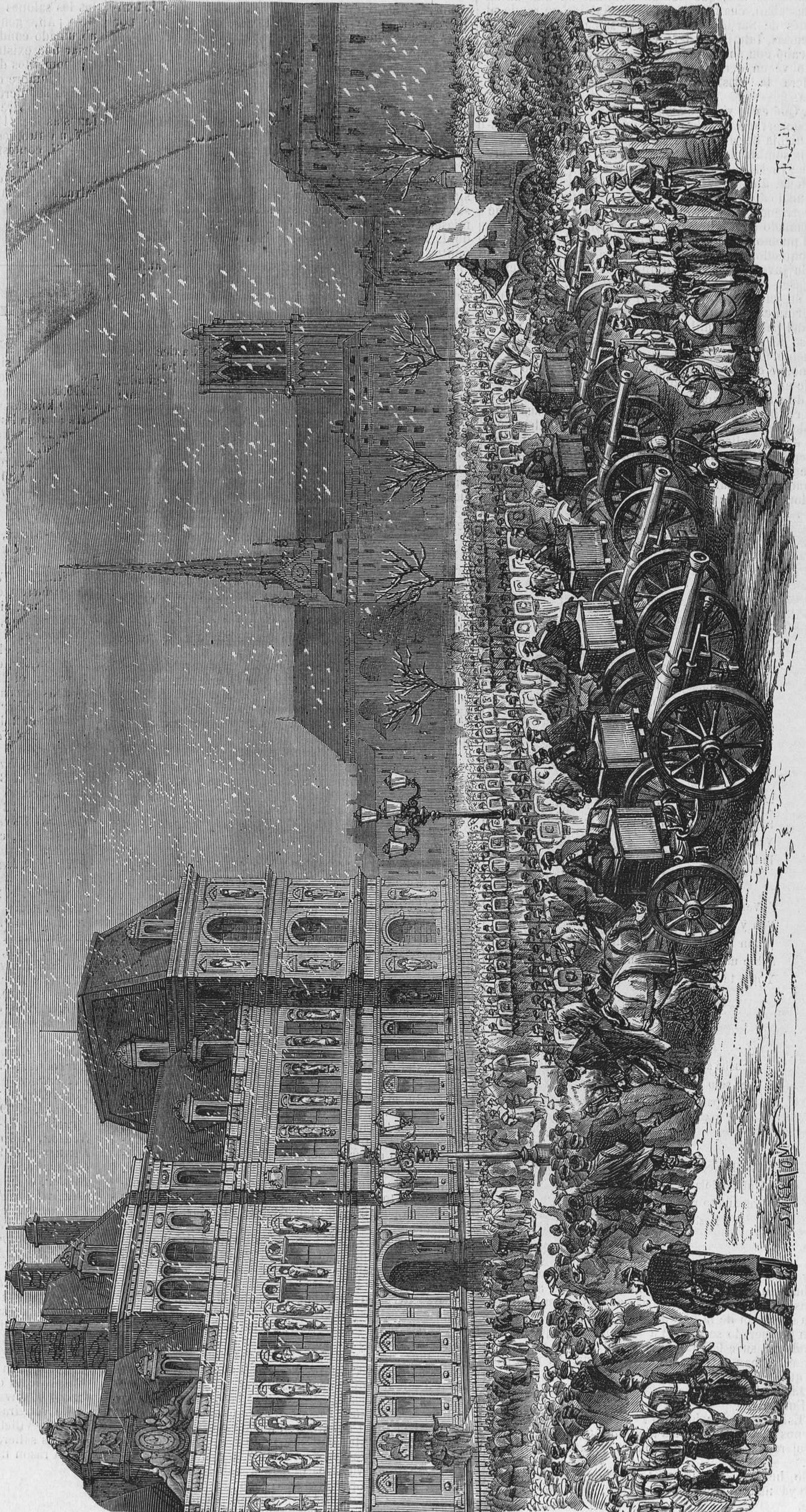
El 12 de enero á las tres de la tarde cayó una bomba en una de las principales salas del establecimiento, hizo pedazos la cama de un enfermo, que por fortuna se habia levantado algunos momentos antes, y lanzó sus cascos por todas las camas de la sala, en donde hirieron á muchos enfermos que luchaban ya contra los horrores de la agonía.

Inmediatamente los trasladaron á las cuevas y entre tanto estalló otra bomba en la escalera por donde bajaban aquellos infelices que llevaban á hombros sus compañeros y todas las personas de la casa.

En esos subterráneos han vivido los enfermos de la ambulancia durante quince dias, sin que haya sido posible trasladarlos ni siquiera á las salas de la planta baja, en razon á que la lluvia de bombas no cesaba un instante.

Muchos pobres soldados han pagado con su vida esa estancia debajo de tierra, lo que aumenta con una página mas la terrible historia del sitio que hemos sufrido.

Como se ve en nuestra lámina, en esas mismas cuevas los fieles,



DEFENSA DE PARIS. — Última batería de artillería regalada por suscripción al gobierno de la defensa nacional

á ejemplo de los cristianos de la primitiva Iglesia que se refugiaron en las catacumbas, oían la misa [que les decía el señor cura párroco de Issy, capellan de la ambulancia de los Jóvenes ciegos. El ejercicio del culto condenado por el bombardeo á refugiarse debajo de tierra, tomaba un carácter mas interesante. La oración es el gran consuelo en la desgracia. R. DE M.

Honores fúnebres

[DE ALGUNOS PUEBLOS ANTIGUOS.

Todas las naciones, cualquiera que haya sido su creencia religiosa, cualquiera la altura á que se hayan encontrado en la carrera de la civilización, han respetado los cadáveres de sus individuos, estableciendo ceremonias para la exhumación mas ó menos conformes á la naturaleza, segun que su religion distaba mas ó menos de la verdadera.

Desde el idólatra sanguinario hasta el fanático inquisidor, todas las fracciones en que desgraciadamente se hallaba dividida la religion consideraron inviolables los terrenos en que se depositaba algún cadáver, imponiendo grandes penas á los impíos que osaban profanarlos.

Razones de la mayor gravedad y que existen, por decirlo así, en la naturaleza del hombre, establecieron los funerales en todas las naciones. El huérfano desvalido, la viuda inconsolable que hallaba desierto el lecho nupcial, la virgen apasionada que miraba desvanecidas sus ilusiones, el padre que veía desaparecer un hijo idolatrado en quien volvía á reproducirse, todos consideraban como una propiedad estos restos inanimados, propiedad que debían conservar á toda costa, y que de no hacerlo cometían un error de la mayor trascendencia á los ojos de la divinidad.

¿Qué cosa mas grata puede ofrecerse á la consideración de los hombres pensadores que esos monumentos magníficos en cuyo seno reposaron las cenizas de tantos hombres grandes que ilustraron al mundo con sus virtudes y su saber? ¿Qué de recuerdos no encierran los restos del Capitolio, los sepulcros de los Virgilio y los Horacios, y cuantas ruinas hermocean la pintoresca campiña de Roma? ¿Cuán glorioso no sería para España un panteon que conteniendo las cenizas de los Corteses y Pizarros, de los Cervantes, de los Alfonsos, de los Gonzalos y de tantos otros varones ilustres que la engrandecieron un tiempo con sus conquistas y sus talentos, renovara continuamente la memoria de sus hazañas? Desgraciadamente la mayor parte de los pueblos antiguos que tan pocos adelantos habian hecho en la civilización, cayeron en errores funestos debidos únicamente á la barbarie y superstición en que se hallaban sumidos; y queriendo manifestar el sentimiento que los devoraba cometieron excesos abominables, repugnantes á la razon y que ni aun pueden dispensar las tinieblas de que estaban rodeados.

Recorriendo las memorias de los mas respetables historiadores de la antigüedad, se ve con asombro en los

honores fúnebres de una gran parte de los pueblos que existían en aquella época, confundida la religion y el fanatismo, la naturaleza y la barbarie, el deseo de honrar la memoria de sus allegados, y la práctica de ceremonias sangrientas, cuya descripción sola es capaz de estremecer el corazón al hombre mas insensible.

Si se consulta la historia de los trogloditas se verá en ellos los funerales de aquella nacion bárbara, llenos de novedad por lo extraordinario de su ejecución. Los cadáveres de este pueblo grosero eran liados fuertemente uniendo el cuello con las piernas, y en esta ridícula posición conducidos á una altura desde la cual los arrojaban al llano, lanzando gritos de alegría, y despidiendo sobre el muerto multitud de piedras que en breve le cubrían; practicada esta singular ceremonia fijaban un cuerno de cabra en el sitio que ocupaba el cadáver y se retiraban.

que adornaban el circuito del pueblo. Los persas, á la muerte de sus magnates, se cortaban los cabellos y despojaban de las crines á sus caballos, bañando los cadáveres con cera antes de sepultarlos.

Los habitantes del mismo Cáucaso, que consideraban la vida como una serie continua de calamidades, celebraban con grandes fiestas la muerte de sus amigos; y se entregaban al mayor dolor cuando algun nuevo individuo aumentaba sus familias.

Entre los dervises la edad de 70 años se miraba como término indispensable de la vida, y privaban de este hermoso presente que nos hace la divinidad, á todos los que pasaban aquel plazo, alimentándose los parientes mas cercanos con la carne de estas víctimas sacrificadas á la barbarie.

Mas crueles los caspios en sus costumbres, dejaban morir de hambre á los mayores de setenta años, arrojando despues al desierto sus cadáveres y juzgando de su bienaventuranza por la clase de fieras que los despedazaban.

Pero ningun pueblo de la antigüedad observó en sus funerales prácticas mas supersticiosas, ninguno cometió mayores excesos y sacrificó mayor número de víctimas para solemnizar las tristes ceremonias del acto mas solemne y religioso, que los escitas á la muerte de sus reyes. Parece ilusoria la existencia de una nacion cuya ignorancia fuese tal, y cuyo envilecimiento hubiese llegado á tan alto grado, que para expresar el dolor que causaba á todos sus individuos la muerte de los que habian ejercido sobre ellos el despotismo mas execrable, sacrificasen en su honor á todas aquellas personas que, mas inmediatas á sus tiranos, les habian prestado mas señalados servicios.

Los escitas bañaban con cera el cuerpo del rey difunto, y llenando su vientre de aromas, le colocaban en un magnífico carro, llevándole á recorrer todos sus dominios. En cada provincia se recibía el cadáver con las mayores ceremonias, y los habitantes se cortaban el cabello y la extremidad de las orejas, se desgarraban la frente y la nariz y se herían en la mano izquierda con una flecha. Recorridos todos los Estados, le dejaban en el país de los cerrhes, destinado para sepultura; los habitantes de esta provincia ponían el cuerpo del rey sobre un lecho que rodeaban de lanzas; ahogaba una de sus concubinas y la colocaban en el ataúd, bastante capaz para contenerla con su dueño; el mayordomo, el escudero, el mensajero y jefe de cocina eran igualmente ahogados, muertos los caballos y destruidos sus vasos de oro y plata, concluyendo las ceremonias con elevar un pilar de tierra á la mayor altura posible.

Al año siguiente se renuevan los funerales; cincuenta caballos son muertos, y llenando el vientre de paja los co-

locan sobre una especie de perchas, los ponen recto el cuello, y adornándolos con todos los arreos de montar, los dan por jinetes los cadáveres de otros cincuenta criados del rey, á los que atraviesan el cuerpo con un palo para que se mantengan derechos; despues de colocada esta gran guardia de caballería al rededor del sepulcro, le abandonan para siempre.

Las mismas crueldades, y aun mayores, practicaban todos los pueblos de la antigüedad para la exhumación de los cadáveres; y á excepcion de Egipto y alguna otra nacion cuyas costumbres carecian de ferocidad, todos



BOMBARDEO DE PARIS. — Misa celebrada en las cuevas de la ambulancia de los Jóvenes ciegos.

No ofrecen menos novedad aunque si mas cultura los funerales de los etíopes: disecados sus cadáveres, los bañaban con una especie particular de yeso, sobre el cual ponían los mismos colores que habian usado durante su vida; despues los colocaban en unos fanales de vidrio, á través de los cuales se veían aquellos cuerpos inanimados, que conservando la mayor semejanza con el hombre que representaban, eran acatados con las mayores ceremonias, y conservados durante un año en la casa del pariente mas cercano; pasado este tiempo los llevaban á ocupar su puesto entre los demás cadáveres

los demás pueblos debían considerar como una calamidad extraordinaria la pérdida de un solo individuo. ¡ Tal era la barbarie que reinaba en aquella época y los excesos á que arrastraba la crueldad en que estaban sumidos los hombres!

E. VIVES.

Revista de Paris.

Paris ha tenido toda la semana fija su vista en Burdeos. Prorogado durante cinco días el armisticio, del 19 al 24 de febrero, para dar tiempo á la Cámara de constituirse y tomar las primeras resoluciones que habian de servir de preliminar á la negociacion de Versalles, nada era mas natural que esta impaciencia de los parisienses. La Asamblea ha trabajado esta vez con ardor y con un celo dignos de todo elogio. En un día se aprobaron mas de 500 actas, en otro se confió el poder soberano al hombre de Estado que habia sido nombrado por los electores de veinte y ocho departamentos, y en otro se nombró la comision de la Cámara que debe asistir á las negociaciones que hoy día se prosiguen en el cuartel general del rey Guillermo. ¿Tenemos razon para decir que la Asamblea merece por su actividad las mas cumplidas alabanzas?

Es verdad que no podía menos de obrar así; las circunstancias lo exigian imperiosamente, y toda demora habria sido una falta de patriotismo que no se debia esperar en los representantes de un país, convocados para resolver una de las crisis mas terribles de que hay memoria.

En nuestra última revista hicimos una clasificacion política de los diputados, segun lo que resultaba de las elecciones conocidas entonces que no eran todas; y sin embargo, aquella primera impresion es la verdadera: la inmensa mayoría de la Cámara es monárquica. Insistimos en este punto para hacer comprender bien á nuestros lectores toda la abnegacion de los diputados, que pudiendo decidir de un golpe la cuestion de la forma de gobierno, han preferido aplazarla y consagrar provisionalmente el estado anterior, nombrando á M. Thiers por unanimidad jefe del poder ejecutivo de la República francesa, en cuya calidad se han apresurado á reconocerle oficialmente Inglaterra, Austria, Italia y España, dando con esto una prueba del alto interés que inspira el nuevo gobierno de la Francia y quizás significando tambien que la accion de los neutros podrá tener en las actuales negociaciones otro carácter muy distinto del que ha presentado desde el principio de la guerra.

Sea como quiera, esta cuestion de política interior á pesar de su importancia de primer orden, tenia que ser resuelta á la ligera en las criticas circunstancias presentes. El tiempo urge, los alemanes se muestran avaros de las horas que pasan en la inaccion, como lo manifiesta el plazo tan escaso que han querido conceder á la prolongacion del armisticio; y era preciso posponerlo todo á la cruel necesidad de entablar cuanto antes las negociaciones.

Las condiciones de la Prusia son desconocidas oficialmente; pero sin embargo, no es un secreto para nadie, que en ellas figura como base esencial una cesion de territorio.

Ahora bien, los representantes de las provincias amenazadas, animados de un patriotismo, de un amor á la Francia que los males de la guerra han exaltado hasta un grado supremo, intentaron prejuzgar la cuestion, sometiendo á la Cámara una proposicion dictada por aquellos nobles y elevados sentimientos.

Hé aquí el texto de esta declaracion presentada por M. Keller en la sesion del 17:

« Nosotros los infrascriptos, ciudadanos franceses, elegidos y diputados por los departamentos del Alto-Rhin, del Bajo-Rhin, del Meurthe y del Mosela, para traer al seno de la Asamblea nacional, la expresion de los sentimientos de nuestros conciudadanos; reunidos y de comun acuerdo, hemos resuelto exponer en la presente declaracion sus derechos y sus voluntades, que consisten en permanecer franceses eternamente.

» La Asamblea nacional, la Francia y la Europa, que tienen á la vista el espectáculo de las exigencias prusianas, no podrian consumir ó permitir que se efectúe un acto en cuya virtud se arrancaria á la Francia la Alsacia y la Lorena. Somos y seremos siempre franceses.

» La Alsacia y la Lorena no quieren ser enagenadas. Asociadas hace dos siglos á la Francia en la buena como en la mala fortuna, han sellado con su sangre el indisoluble pacto que á la Francia las une.

» La Alsacia y la Lorena afirman al través de todas las pruebas su firme fidelidad á la patria comun. Alsacianos y lorenos todos unánimes, los unos votando y los otros com-

batiendo, notifican á la Europa su firme voluntad de continuar siendo ciudadanos franceses. La Francia no puede abandonar á los que no quieren separarse de ella.

» Una Asamblea nacida del sufragio universal, no podria ratificar una exigencia que destruye la nacionalidad de toda una poblacion, y ni el pueblo mismo congregado en sus comicios podria hacerlo tampoco. La Francia puede sufrir un golpe de la suerte; pero no sancionar su sentencia.

» No es dable asimismo á la Europa ratificar semejante atentado, porque no puede permitir que se trate á los pueblos como rebaños; y además sabe muy bien que la unidad de Francia es una garantia esencial del equilibrio y de la paz de Europa.

» La paz con cesion de territorio no seria duradera, seria cuando mas una tregua momentánea á la que seguiria muy luego otra guerra.

» Por nuestra parte, alsacianos y lorenos, estamos prontos á continuar la guerra, y bajo este concepto consideramos de antemano nulos y sin valor todo ofrecimiento, tratado, votacion ó plebiscito que dé por resultado separar de Francia la Alsacia y la Lorena.

» Proclamamos el derecho de los alsacianos para permanecer unidos al territorio francés y todos nosotros nos comprometemos á defender nuestra dignidad y nuestra honra.»

Esta proposicion es acogida con grandes muestras de aprobacion en distintos puntos de la Cámara, y seguidamente se vota y se aprueba la urgencia.

El caso era critico, tanto mas cuanto se pedia la reunion en las comisiones, el dictamen y la votacion decisiva.

¿Qué habria sido de las negociaciones de paz cuando los negociadores llevaban ya, como si dijéramos, un mandato imperativo?

M. Thiers con su perspicacia política comprendió el peligro y encontró manera de eludirle.

No podia permitir que se votara la proposicion de M. Keller, porque era votar la guerra; ni podia tampoco influir para que se desechara, porque eso significaba que la Asamblea estaba decidida á hacer la paz á toda costa.

Bajo este concepto se propuso y adoptó la siguiente resolucion, que ha dejado á los negociadores el campo libre.

« La Asamblea nacional acogiendo con la mas viva simpatía la declaracion de M. Keller y de sus colegas de Alsacia y de Lorena, se atiene á la sabiduría y al patriotismo de los negociadores.»

Reconozcamos aquí el talento y la habilidad de M. Thiers para conjurar la tempestad, é inclinémonos.

La cuestion ha quedado intacta, como lo deseaba el jefe del poder ejecutivo de la República francesa.

El hombre investido de tan alta autoridad debia á la Cámara y al país una explicacion completa, un programa de gobierno, y sobre todo algunas declaraciones sobre la gran cuestion pendiente.

Con efecto, en la sesion del 19 M. Thiers tomó la palabra y expresó cumplidamente su pensamiento.

En este discurso el eminente orador principia por dar gracias á la Asamblea por el testimonio de confianza que le dió al encomendarle tan elevado puesto.

En la tarea difícil, peligrosa y sobre todo dolorosa, que debe llevar á cabo, M. Thiers no tendrá mas sentimiento que el de una absoluta obediencia á la voluntad del país, el cual tiene derecho á los servicios y el amor que deben inspirar á todo buen francés sus desgracias.

Desgracias tan inmensas que no se conocen tales en ninguna época de la historia; pero no por eso, dice M. Thiers, es menos grande, menos poderoso, menos heroico, como lo prueba la larga resistencia de Paris, que será uno de los monumentos de la constancia y de la energía humanas.

Después da cuenta del uso que ha hecho de su prerogativa para el nombramiento de ministros y declara la formacion de un gabinete en el cual conservan sus respectivos puestos M. Jules Favre, en los Negocios extranjeros; M. Jules Simon, en Instruccion pública y el general Le Fló, en Guerra; en tanto que M. Picard pasa de Hacienda al Interior, y entran M. Dufaure, en Gracia y Justicia; M. Lambricht, en Comercio; M. de Larcy Obras públicas, y el almirante Puthuau, en Marina.

Vemos, pues, que en este ministerio que se considera de transicion, figura el elemento republicano en mayoría.

M. Thiers conserva la presidencia del consejo.

El programa de M. Thiers se reduce á aconsejar la concordia y la union mas necesarias que nunca en las calamitosas circunstancias presentes.

¿Qué cuadro tan verídico y tan lastimoso traza de esta situacion que han creado á la Francia los desastrosos sucesos que conocemos!

« La Francia, dice, precipitada en una guerra sin motivo serio, sin preparacion suficiente, ha visto invadida la mitad de su territorio, destruido su ejército, quebrantada su bella administracion, comprometida su antigua y poderosa unidad, su hacienda disminuida, la mayor parte de sus hijos arrancados al trabajo para ir á morir á los campos de batalla, el orden profundamente turbado por la súbita aparicion de la

anarquía, y después de la rendicion forzosa de Paris, la guerra suspendida por pocos días y pronta á renacer si un gobierno estimado de Europa, aceptando valerosamente el poder y tomando sobre si la responsabilidad de unas negociaciones dolorosas, no viene á poner un término á horribles calamidades.»

En presencia de esta situacion M. Thiers no cree que hay mas que una política, cual es la que debe tener aquel objeto, cortar tales males en el mas breve término posible.

Para esto solo conoce un medio; es el de hacer cesar la ocupacion extranjera por medio de una paz valerosamente debatida y que no será aceptada si no es honrosa; desembarazar los campos de los enemigos que los devoran; sacar de las prisiones extranjeras á los soldados y á los generales prisioneros para reconstituir con ellos un ejército disciplinado; en suma, restablecer el orden y la regularidad en todo y por todo.

Pacificar, reorganizar, levantar el crédito, reanimar el trabajo, esa es la única política posible, y hasta concebible en este momento, política á que todo hombre sensato é ilustrado debe entregarse, haciendo abstraccion de sus ideas monárquicas ó republicanas.

Luego el país tendrá tiempo para decir « cómo quiere vivir; » ahora lo que importa es consagrarse á la otra obra mas imperiosa, mas urgente y á la cual dedicarán todos sus esfuerzos M. Thiers y los ministros que se ha elegido.

Para la ejecucion de esta política la Cámara nombró una comision de quince miembros, encargada de asistir á las negociaciones y entre los cuales no vemos ninguno que haya contraido compromiso ni por la paz ni por la guerra.

Finalmente, la Asamblea al mismo tiempo que se seguirán en Versalles las negociaciones, procederá á una informacion sobre el estado de las fuerzas militares de la Francia y sobre sus recursos nacionales; pero esto se hará en las comisiones, pues las sesiones públicas han quedado suspendidas, á fin de que mientras duran los tratos con el enemigo, la representacion nacional pueda mantenerse en una prudente reserva.

Inmediatamente que la Asamblea nacional de Burdeos hubo tomado todas estas disposiciones, los negociadores con la comision de diputados se pusieron en camino para Paris, y M. Thiers pudo iniciar las negociaciones el miércoles 21 de febrero.

El armisticio que debia concluir el 24 al medio día se ha prorogado hasta el domingo 26 á las doce de la noche.

Ya hemos dicho que nos son desconocidas oficialmente las condiciones de paz que propone la Prusia; sin embargo, á última hora circulan rumores, que de ser ciertos, probarian que la Alemania no está dispuesta á hacer sacrificio alguno en favor de la pacificacion limitando sus exigencias.

En primer lugar se asegura que presentará su proposicion como un ultimatum, y que toda enmienda será considerada como si se rechazaran en conjunto sus condiciones.

Después se añade que ha eludido del modo mas categórico la intervencion de los neutros, cuyas disposiciones actuales parecian hacerle alguna sombra.

Por último, las principales cláusulas del tratado serian las siguientes:

Cesion de todo el material de las plazas fuertes y de los cuerpos de ejército entregado á consecuencia de las capitulaciones.

Indemnizacion de guerra consistente en mil millones de thalers.

Rectificacion de fronteras, en cuya virtud el imperio aleman quitaria á la Francia los departamentos del Alto y el Bajo-Rhin y el del Mosela; un tercio del departamento del Meurthe y porciones de territorio bastante importantes de los Vosges y del Doubs.

Es una espoliacion considerable, tanto que apenas nos atrevemos á creer, que caso de ser verdad, obtenga la aprobacion de los negociadores.

Con efecto, M. Thiers ha declarado en su discurso-programa que no aceptará sino una paz honrosa; ¿podrá considerarse tal la que tenga por base un tratado en el que se conceden al enemigo tres departamentos enteros y notables fracciones de otros tres, es decir, una extension inmensa de territorio con moradores que en manera alguna quieren separarse de la Francia?

Además, ¿no figura al lado de M. Thiers en la negociacion pendiente, M. Jules Favre, aquel cuyo programa consistia en no ceder al enemigo « ni una pulgada del territorio francés, ni una piedra de sus fortalezas? »

Estos antecedentes son una garantia de que tanto M. Thiers como M. Jules Favre, no presentarán á la aprobacion de la Cámara sino un tratado que pueda ratificarse sin menoscabo del honor nacional, en cuyo caso no dudamos que será votado y aprobado por la inmensa mayoría de los representantes.

MARIANO URRABIETA,

Poesías.

FLORINDA.

Al labio y megilla carmin dió la aurora,
Dió el alba á la frente su blando color;
Y al pecho de nieve su brillo argentado,
La cándida senda que Juno formó.

(M. DE LA ROSA.)

¿Quién viendo á Florinda
Respira sereno,
Quién siente su seno
Tranquilo latir?
¿Quién hay que la mire
Sin que á ella se rinda,
Quién viendo á Florinda
No empieza á sentir?

¿La veis cuán hermosa?...
¡Florinda!... sí, es ella:
Mas pura, mas bella
Que un sér celestial.
Mirad sus cabellos,
Su nívea blancura,
Su esbelta cintura,
Su tez virginal.

Buscad en el prado
Belleza y frescura,
La rosa mas pura
Que nace en abril;
Y ved á Florinda
Lozana y hermosa
Aun mas que la rosa
De fresco pensil.

Cual sigue á la clara
Lumbrera del día,
Con ánsia y porfia
Tenaz girasol.
Las gracias asisten
En torno á Florinda,
Beldad la mas linda
Del suelo español.

¡Qué mágica, ay cielo,
Su amante mirada!
Terrible si airada
Demuestra desden:
Si dulce sonrie
Del mundo es señora,
Si canta, enamora
Su canto tambien.

Y en éxtasis grato
Mi mente enajena
De su cantinela
El blando sonar,
Así cual al justo
De gloria en el sueño,
Trasporte halagüeño.
Le suele arrobar.

De sus amadores
Aleja el reposo
Su rostro amoroso,
Su talle gentil,
Y el pecho adornado
De gasas y flores
Que á tantos primores
Añade otros mil.

Su aliento divino
Si tierna suspira,
Perfumes respira
De lirio y clavel,

Y admírala el mundo
Deidad, maravilla,
Si mueve sencilla
Sus labios de miel.

Si lánguido sueño
Sus párpados cierra,
Y enojos destierra
Que sus ojos dan:
Conmueve, arrebatada,
Cual ángel risueño
Que templada halagüeño
Del hombre el afán.

Si en rizos graciosos
Su rubio cabello
La altura del cuello
Desciende á esmaltar,
Erguida y donosa
Su frente serena
Cual blanca azucena
Se ve descollar.

Mas... ¡Ay! conteneos,
Temed sus enojos,
Temblad si sus ojos
No os muestran amor,
Sus ojos de fuego
Que alejan la calma,
Que abrasan el alma
Con plácido ardor.

M.

DEJÉMOSLE; SE HA DORMIDO.

Niño que tranquilo duermes
Sobre esa losa de hielo,
Teniendo por capa el cielo
Y á la tierra por colchon,
¿Qué sueños, dime, resbalan
Por esa cándida frente?
¿Dime si tu pecho siente,
Si late tu corazón?

El agua en nevados copos
Desciende sobre la tierra,
Mientras tu vista se cierra
Para el mundo engañoso;
Y en tanto yo descansando
Sobre el fusil homicida,
Fijo mi mente afligida
En el mundo y el amor.

Brilla el relámpago ardiente
Entre tenebrosa nube,
Al cénit opaco sube
De airado trueno el crujir;
Y al resplandor moribundo
De la fugitiva luna,
La paz que meció tu cuna
Se ve en tus labios reir.

¡Ah! ¡venturoso mil veces
El que tranquilo reposa,
Y encuentra blanda la losa
Donde reclina su faz:
El que las guerras ignora,
Que aun de pasiones no sabe,
Y alienta el aroma suave
De la inocencia y la paz!

Tú duermes cuando yo velo,
Sonries mientras suspiro,
É ignoras ¡ay! que deliro,
Pues no aprendiste á querer:
Mas guárdate que algun día
No sufras, niño, lo mismo,
Y abra á tus piés, el abismo
La mano de una mujer.

Írse entonces bien lejos
De tus párpados el sueño,
La mágica voz de un dueño,
En tu interior sonará;
Y esa placentera calma
Que ora gozas inocente
Será el vapor de un torrente,
Que el viento disipará...

Así un centinela hablaba
En noche lluviosa y fria,
Y á un huerfanito miraba
Que en una puerta dormía
Y falto de abrigo estaba.

Movió el fusil con ruido
Y el huérfano despertó
De espanto sobrecogido,
Abrió los ojos, miró...
Dejémosle; se ha dormido.

C. DIAZ.

Los batallones de guerra

DE LA GUARDIA NACIONAL DE PARIS.

La guardia nacional y los batallones de guerra han sido en estos seis meses el espectáculo mas interesante, el orgullo, podemos decir, de Paris sitiado. Si Paris era un campamento, cada familia era tambien un vivac donde venia á descansar en medio de los suyos el ciudadano soldado.

Ahora bien, la organizacion de los batallones de guerra ha venido á dar un aspecto todavia mas marcial al pueblo armado de Paris que comprende doscientos setenta batallones organizados. En las compañías de guerra el guardia nacional se convertia en soldado, y la jornada del 49 de enero probó que se podia contar con su bizarría.

Quisiéramos poder contar aqui las mil y una escenas de la vida de las compañías de guerra, que principian al toque de llamada en medio de las emociones del hogar doméstico, que se continúan por el desfile en las calles y la llegada á las avanzadas, y concluyen con la vuelta á casa despues de haber pasado ocho dias en los campamentos de las afueras.

En cuanto se oye el toque de llamada, el hombre se pone en movimiento temiendo retrasarse, pues el comandante es severo en punto á disciplina.

Comienza, pues, la escena de revestirse el uniforme; pero antes es preciso ponerse la armadura acorazada que ha comprado la madre, las franelas que ha preparado la hermana: la tia le entrega un papel lleno de pastillas de chocolate y el padre desliza furtivamente en la mochila un lio de vendajes.

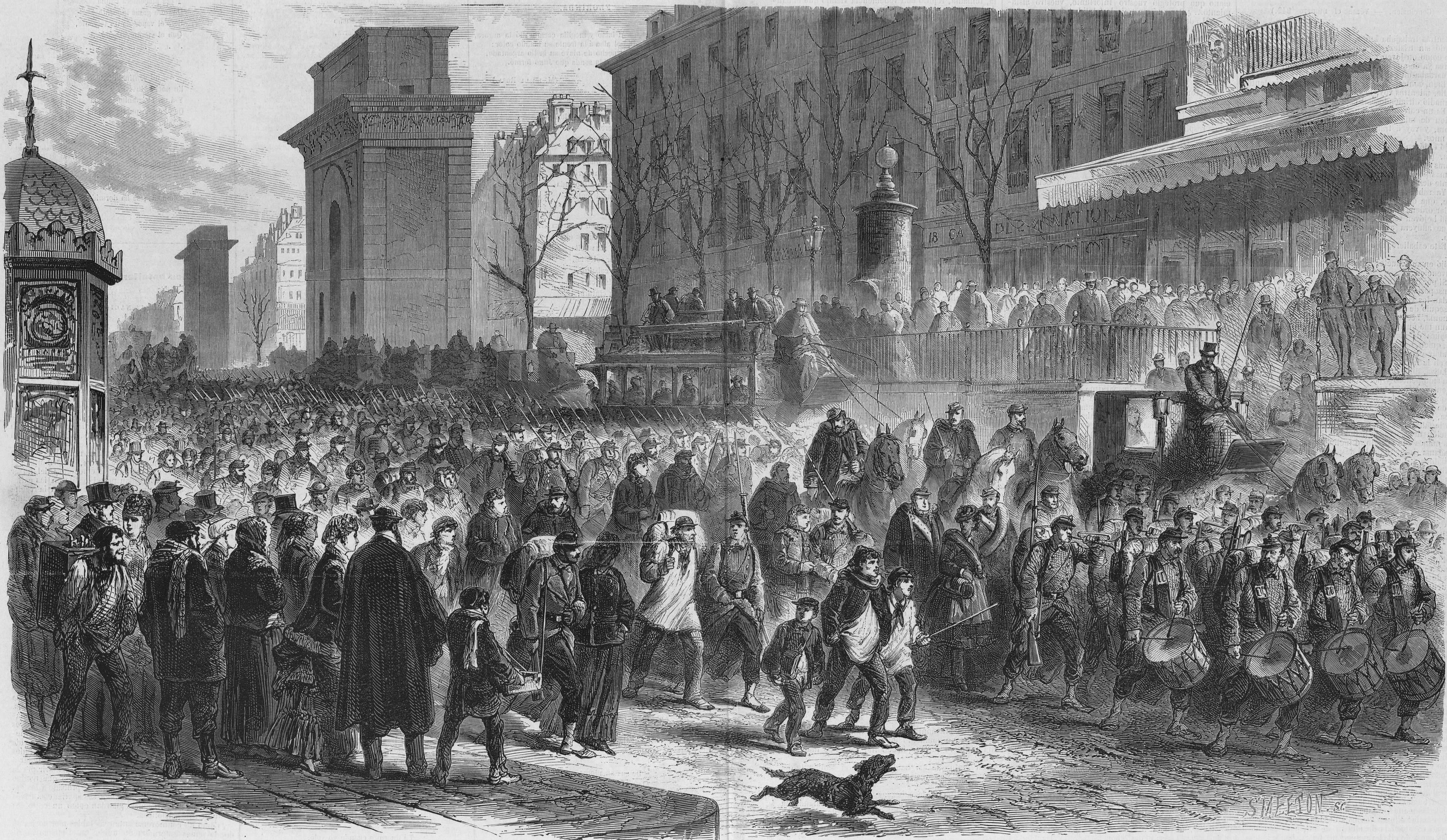
En esto resuenan los últimos ecos de la llamada. Principia la escena de los besos y abrazos y el guardia nacional de la compañía de marcha sale por fin á la calle y se dirige al punto de reunion donde se hallan ya los compañeros.

El batallón se completa: el aspecto es soberbio, la marcha muy militar, el equipo multicolor; pero se ha hecho lo que se ha podido. Hoy aparecen levitas negras, mañana son azules, el otro dia pardas; luego vienen las mantas verdes ó grises; pero ¿qué importa? El hábito no hace el monje ni tampoco el soldado.

Se oyen las trompetas y el batallón rompe la marcha entre dos suntuosas hileras de espectadores y curiosos. El lápiz de nuestro dibujante ha reproducido con notable fidelidad este animado cuadro. Esos desfiles, á los que asistimos todos los dias, han sido en estos seis meses una de las agitaciones mas conmovedoras de la vida parisiense. Y todos los dias se repite el desfile, y todos los dias tambien acude la muchedumbre para saludar á esa milicia parisiense que sabe combatir y morir por la Francia. El sangriento bautismo del fuego que recibió en la jornada del 49 de enero habrá probado á los escépticos y á los burlones que bajo sus apariencias frívolas y ligeras los parisienses guardan como un culto los sentimientos patrióticos.

¿Cómo no conmoverse ante esas tablas mortuorias en donde vemos fraternalmente unidos en el mismo sacrificio al escritor, al noble, al comerciante, al obrero y al artista? La Europa reconocerá que Paris, la ciudad del placer y del *esprit* es tambien la ciudad del *gran corazón*, segun la palabra de Juana de Arco. Acaba de abrirse una suscripcion para perpetuar con un monumento el recuerdo de esos muertos gloriosos, y ese monumento atestiguará que la guardia nacional de Paris es benemérita de la patria.

R. DE M.



DEFENSA DE PARIS. — Un batallon de la guardia nacional movilizada en marcha para los puestos avanzados.

Luisa.

(Conclusion. — Véase el número 942.)

Mientras trabajaba Luisa, la habló de mil proyectos, recordó sin tristeza los pasados temores, y obsequió á Luisa como un joven mozalvete.

Cerca ya de anochecer, anunciaron al banquero que le aguardaba un caballero en su gabinete.

— Bien, contestó, suplicadle que aguardé un instante; y dadle, mientras voy, la carpeta A.

Y añadió dirigiéndose al conde y Luisa:

— Es un corresponsal á quien he encargado la clasificación de mis obligaciones corrientes con la casa en quiebra, y voy á trabajar un rato con él. Hasta luego, hijos míos.

Bajó el joven la cabeza, avergonzado de tan noble confianza, porque si bien su boca no había pronunciado palabras culpables, su corazón, mas fuerte que su voluntad, mas poderoso que su conciencia, se entreabría al ardiente deseo de una reprehensible esperanza.

— Ya sabeis, amigo Mirmont, dijo el banquero al conde, que está convenido que os alojéis en casa; hay que dar órdenes para que os preparen habitación.

Dejó la joven escapar la labor de las manos; y la sangre que afluyera al corazón, montó violentamente al rostro.

— Este caballero, dijo en voz baja, nos hace el honor...

Y fijó en su seductor al mismo tiempo una mirada de reconvección.

— Sí por cierto, añadió M. Granville. En esta ciudad son insoportables las fondas, y ahora sobre todo que abundan los viajeros. Además, que espero que nos haga el obsequio de acompañarnos algun tiempo. Con que sin ceremonia, aceptad mi sencilla, mi cordial hospitalidad, que aun me queda tiempo de ser vuestro deudor.

Después de alargar la mano al joven, se acercó á Luisa, quien, pensativa y conmovida, procuraba en vano continuar el trabajo que comenzara, y poniéndola la mano en la frente:

— Luisa, dijo, no tardes en retirarte á descansar. El día ha sido penoso y por esta noche te excusará M. de Mirmont.

No pudo el conde contestar una sola palabra; el temblor de su voz habría revelado el sentimiento que le agitaba, y únicamente se levantó de pronto. Parecía que temía le faltasen las fuerzas, y adoptaba sin titubear una resolución desesperada. Saludó al banquero, le apretó ambas manos con efusión, é inclinándose en presencia de madama Granville, salió después de decir estas únicas palabras:

— Buenas noches.

— ¿Me prometes, dijo el banquero á su esposa, no tardar en retirarte á descansar? Estás mas pálida que de ordinario y temo caigas enferma.

— Voy á terminar unos pocos puntos que faltan á esta flor, dijo Luisa.

— Y yo voy á dar la última mano á mis cuentas.

Apenas se hubo retirado, inundaron el rostro de la joven las lágrimas largo tiempo contenidas.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! dijo con voz ahogada por los sollozos; ¡soy muy desdichada! y quedé sumida en silenciosa meditación.

Mas de una hora había trascurrido, é inmóvil en su sufrimiento, no pensaba en retirarse.

Tampoco el conde estaba tranquilo, y el ángel del bien luchaba en su corazón contra el del mal. Temiera quedarse solo con Luisa, había huido para que una sola palabra, involuntaria quizá, no faltase á la noble confianza del banquero; y estaba inquieta su alma, turbada; no quería ver á Luisa, y hubiera dado no obstante la mitad de su vida por hablarla una vez...

— No, no, dijo por fin, es imposible que yo permanezca tan cerca y tan lejos de ella, en su misma casa, donde oígo resonar el eco de sus pasos; no, es imposible. Ahora no puedo ser aquí útil á nadie; mi presencia no puede menos de hacer padecer y turbar la felicidad de los demás... forzoso es partir...

— Sí, prosiguió después de un instante de silencio, partiré esta noche misma; dejaré á M. Granville cuatro palabras noticiándole mi partida, y le diré que un asunto urgente reclama mi presencia en París...

Y buscó en su aposento los utensilios necesarios para escribir; mas no halló ni pluma, ni tintero, ni papel, y tomando el sombrero, bajó.

— Todo el mundo estará acostado, dijo para sí, voy á escribir á la sala.

Pero al llegar al umbral se detuvo. Ardía sobre la mesa una bugía moribunda, y Luisa con la frente cubierta por las manos, estaba sentada al lado de la mesa.

— ¡Dios mío! dijo en voz baja desde la puerta entornada, ¡no os apiadáis de ella ni de mí, pues aun me conducís cerca de ella! También tú, Luisa, has velado; ¡con que mi presencia ó mi nombre ha de ser un tormento para tí!

De repente volvió la joven la cabeza, porque adivinara por instinto la proximidad del conde; cuando le vió, se levantó temblando, y lanzando al joven una mirada enojada:

— ¡Caballero! exclamó sonrojándose.

— No me acuseis, señora, dijo él con voz tan dulce que penetró el alma de la joven esposa; os juro que ig-

noraba que había de encontraros aquí. El destino lo quiso y forzoso es someternos á sus leyes. Perdonadme, soy tan infeliz que mi cabeza se trastorna, se pierden mis ideas y se me figura que voy á volverme loco. Sí, sí, respeto y estimo como vos á ese noble y digno anciano que protegió vuestro infortunio, vuestro aislamiento... ¿Por qué me trajo la fatalidad á esta casa?

— M. de Mirmont, dijo Luisa en voz baja y como reuniendo sus fuerzas, partireis mañana sin falta, ¿no es verdad?

Estaba el conde de pie delante de ella, con ojos fijos, cruzados los brazos, y repitió maquinalmente.

— ¡Partir... sí, es preciso!... y tornó á repetir entre dientes de un modo casi ininteligible: ¡Partir! ¡Partir!

Siguieron algunos minutos de silencio y de repente exclamó:

— ¡Oh! no, es imposible... Quería y no puedo. Dejadme por piedad algunos días de este triste placer, dejadme respirar algunos días á vuestro lado. Luisa no me dirijais estas miradas de severa reconvección; cuanto mas recta y firme marcheis por la senda del deber, mas indiferente debe seros que un desdichado permanezca algunas horas mas con los ojos fijos en vos... ¿Qué teméis? ¡Dios mío!

Luisa se puso los manos en el corazón como para contener sus latidos.

— Nada, contestó.

Pero apenas fué pronunciada esta palabra, un torrente de lágrimas inundó su rostro, la abandonaron sus fuerzas y le fué imposible sostener por mas tiempo el papel que se había impuesto. No fué ya mas que un corazón destrozado cuyos sollozos se escapaban á pesar suyo y lloró amargamente. Su dolor fué mas elocuente que sus palabras.

— Luisa, Luisa mia, dijo el conde conmovido; por piedad, no lloreis así en mi presencia, delante del hombre que os ama como no fué amada mujer alguna, del hombre que es el genio malo que pesa sobre vuestra vida. Enjugaos los ojos, Luisa, que hartas lágrimas han vertido... ¡Si exigís que parta, partiré!

Asió Luisa las manos del conde y las estrechó casi convulsivamente entre las suyas.

— ¡Oh! dijo con inexplicable angustia. Dios no quiere perdonar á la pobre Luisa y toda su vida debe ser una expiación. Adios, adios para siempre.

— Luisa, dijo el conde besando las manos de la joven.

— Sí, adios, añadió; al separarme de vos renuncio á toda esperanza, á todo goce de este mundo, porque os amaba... con toda mi alma y... os amo aun.

Soltó el conde una exclamación ahogada.

— ¡Me amais, Luisa! dijo, vos á quien tan infeliz he hecho, ¿me amais? ¡Oh! ¡qué importa el dolor de toda mi vida oyendo de vuestra boca tan dulces palabras! Sí, sí, pobre Luisa, el destino ha sido muy implacable con nosotros y nos arrebató muy pronto aquellos venturosos instantes que ahora recordamos como un sueño.

— Sí, murmuró Luisa arrastrada por la fuerza de los recuerdos, la felicidad huyó... mas el amor subsiste... ¿Pero no habeis escuchado ruido? dijo con terror.

— No, respondió el conde. hace un tiempo horrible y será el viento que mueve las persianas.

— ¡Tengo miedo, mucho miedo, porque soy muy culpable en hablaros así, adios!

— ¡Ay! ¿será para siempre?

— Sí, para siempre. Llevaos la memoria de mis lágrimas, tened el valor que á mí me falta. Dejadme seguir silenciosa y resignada la suerte que el cielo me deparó, y ocultaré mis penas para dejar que al menos sea feliz ese noble anciano á quien debería amar y á quien estamos ofendiendo entrambos.

Mientras así hablaba, alargó Luisa sus manos trémulas al conde que las estrechó entre las suyas inundándolas con sus lágrimas. En esta muda efusión renació lo pasado enteramente, y todo se olvidó, la promesa... el deber y casi el honor.

— Luisa, Luisa, repitió angustiado, padezco horriblemente... no, no puedo partir y no partiré.

— Partireis esta noche, contestó la voz del banquero que apareció en el umbral de la puerta inmóvil, pálido, pero sereno.

Un grito dolorosísimo se escapó del pecho de la joven que cayó casi inanimada sobre un sitial, y M. Granville se acercó lentamente al conde.

Jamás se ostentaron tan nobles las facciones del banquero; jamás apareciera tan notable la dignidad de aquella hermosa cabeza de anciano como en el momento en que paseaba sus tristes miradas de Luisa al conde y del conde á Luisa. Aterrados, inmóviles entrambos, no se atrevían á romper silencio tan solemne, y aguardaban con la cabeza inclinada la sentencia del juez, que colocado en medio de ellos los dominaba con toda la superioridad de su leal conciencia.

— Señor conde de Mirmont, dijo por fin el banquero con grave acento, señor conde de Mirmont, os portais muy mal... muy mal. A la sombra de un beneficio introducis en esta casa el desorden, la mentira, las lágrimas y quizá, quizá el crimen: queriais arrastrar á la vergüenza á la esposa del que os llamaba su bienhechor; alargábais una mano al marido para prestarle socorro, y con la otra empujábais á la mujer hácia un precipicio, donde se deja mas que la vida... el honor.

— Caballero, exclamó el conde, os juro...

— Silencio, replicó el banquero, dejadme acabar: no es así como se cumple la mas digna misión del hombre, la mas bella que le fué deparada, la de amparar á

sus semejantes. Para que la mano sea generosa, es preciso que el corazón sea puro y grande. Señor conde de Mirmont, no teneis la nobleza suficiente para dar.

Y le alargó al mismo tiempo una cartera añadiendo:

— Esta cartera contiene los 300,000 francos; tomadla, tomadla, repitió con vehemencia viendo que el conde la repelia; tomadla digo, porque no la necesito, he encontrado otro medio de cumplir mis obligaciones y me son inútiles vuestras ofertas.

La cartera cayó á los pies del conde de Mirmont, quien no hiciera movimiento alguno para recogerla.

— Caballero, exclamó por fin, antes de castigarme tan cruelmente, antes de privarme así de vuestra estimación, dejadme que os explique algunas palabras imprudentes y culpables, pero mal interpretadas acaso por vos...

— No hay que volver á hacer mención de este asunto, saltó el banquero en tono de autoridad; ni una sola palabra escucho, pero antes de separarnos para siempre, quiero que me escuchéis. Pronto hará cuarenta años, señor mío, que habitaba yo en una pobre casa de una aldea cerca de la cual descollaba el magnífico castillo de vuestro padre; era la época en que la revolución y el terror poco después, difundieron la desolación y la ruina entre los nobles. Una noche llamaron á la puerta de mi modesta morada, y entró un hombre embozado en una capa. Salvadme, mi dijo, me persiguen, me espera el cadalso, ¡salvadme por Dios! Este hombre era desconocido para mí, pero era desgraciado, le amenazaba la muerte y mi única respuesta fué conducirlo al granero, y esconderle lo mejor que pude. Al día siguiente supe que iban al castillo á prender al conde de Mirmont al que yo tenía escondido, porque era él... y en vano le buscaron; se libró de todas las pesquisas y fué declarado traidor á la patria y réo de muerte el que le ofreciese un asilo. Ocho días tuve al conde en mi casa y una noche le disfracé con mis pobres vestidos, le dí mi caballo y le puse en la mano 40,000 francos, todo mi haber, todo el fruto de mis economías, toda la fortuna de un pobre; y con blusa y un garrote en la mano, conduje el caballo de la brida, hasta que el conde vuestro padre atravesó la frontera.

Detúvose el banquero un instante para observar al conde y continuó:

— Dos años después había bendecido el cielo mi industria, mis operaciones comerciales; los bienes de vuestro padre se vendían á vil precio y los compré. Pasaron otros diez años y supe que el conde de Mirmont había vuelto á Francia, pobre como todos los perseguidos en aquella época sangrienta y terrible. Vuestro padre era un noble anciano, señor conde, tenía cabellos blancos como yo los tengo hoy, y yo era joven entonces como vos; le obligué á recobrar todos sus bienes que yo había administrado por espacio de diez años y cuyos intereses acumulados puse á su disposición. Mucho tiempo trascurrió después y cuando pocos días há, después de una honrosa carrera, me asaltó la desgracia, y peor que la desgracia y la vergüenza, el deshonor quizá que iba á manchar los blancos cabellos de un anciano; ningún amigo encontré que me alargase una mano protectora; el único que en aquel momento de desolación podía acudir á mi auxilio... no existía. Iba ya á inclinar la cabeza ante mi inevitable suerte, cuando me acordé de que el conde de Mirmont había dejado un hijo. Entonces le escribí; le dije que si no me socorria iba á perecer como hubiera perecido su padre y casi casi me envanece de pedirle un favor.

— Y él también se envanece de hacérosle, exclamó el conde.

— Lo recibí con los brazos abiertos, añadió el banquero, le ofrecí mi casa, mi franca hospitalidad, y lo que vale mas que todo, le consagré el cariño de un antiguo amigo de su padre. Apenas ha pasado el medio día y ya le devuelvo el dinero que me había traído. Hé aquí, señor conde, la sencilla relación que quería hacer por despedida. Ahora recoged esa cartera donde hallareis los 300,000 francos y una carta de vuestro padre. Separémonos.

— ¡Señor! ¡señor! exclamó el joven pugnando por apoderarse de las manos del banquero, no tengais la crueldad de deshechar lo que esta mañana os dignábais aceptar; no me condeneis así porque necesito vuestro aprecio y es preciso que me dejéis reconquistarle. No soy yo quien os trae esa cartera, es mi padre, mi padre á quien salvásteis y que desde su sepulcro os ruega que la acepteis.

— M. de Mirmont, repuso con altivez el banquero después de un momento de silencio, ¿no os dije que tenía el dinero que me hace falta, y que de nadie necesito?

Y en tanto que así hablaba, tomó el semblante del banquero una expresión de gravedad tan severa que no admitía réplica.

El conde inclinó la cabeza.

— Adios, señor mío, dijo el anciano señalando la puerta de la sala, no me obligueis á recordaros que estoy en mi casa, y os suplico salgais.

— Bien, volveré, murmuró el conde alejándose, y le salvaré á su pesar.

Entonces se dirigió M. Granville á Luisa y la vió abrumada bajo el peso del dolor con los brazos apoyados en una mesa y la cabeza en las manos; parecía privada de sentimiento y cuando el banquero se acercó á ella, se arrodilló á los pies de su esposo quien la levantó con dulzura y estrechó en sus brazos.

— Ese dinero, murmuró Luisa en medio de sus sollozos, ¿ese dinero! ¿Le teneis de veras?

Profundo dolor se retrató entonces en las facciones

de M. Granville, y mientras con una mano sostenía á la jóven, enjugó con la otra su frente por la que corrian gruesas gotas de sudor glacial.

— Luisa, me has engañado, dijo con dulzura, me has engañado. ¿Y por qué, hija mia? ¿No sabias cuán indulgente y cariñoso era mi afecto? la desgracia, mas que tus propias faltas, te ha perseguido y debes haber padecido mucho. ¿Por qué no abriste tu pecho al amigo que te preguntaba y que te hubiera hablado como un padre á su hija?

— Perdon, perdon, exclamó Luisa; solo Dios puede ser tan bueno como vos... mañana os lo hubiera dicho todo.

— No te hago reconvenccion alguna, replicó el anciano; al traerte á mi lado, tan niña, tan bella, no te pedía el amor de esposa; el corazon del anciano no podía reclamar sino el de hija, y con este título sagrado la confianza que es consiguiente... Mucho habias sufrido ya y quise salvarte, protegerte, darte, hija mia, lo que Dios en su indulgencia habia reservado á mis ancianos dias.

— Amigo mio, repuso la jóven, inundado de lágrimas el rostro, no habéis así porque me destrozáis el corazon y me siento sin fuerzas para sufrir... pero decidme, quién os ha dado ese dinero, decidmelo por piedad.

— Un amigo, contestó el banquero... tranquilízate.

— ¿No me engañais?

— No, no, repuso M. Granville, y ojalá te mire el cielo con misericordia y te restituya un poco de felicidad.

— Sí, dijo Luisa haciendo por sonreirse, seré feliz, muy feliz á vuestro lado: todo se ha arreglado, ¿no es verdad? ¿y todo se olvidará?

— Sí, todo lo olvidaré, y espero que Dios tambien. Adios, Luisa, se hace tarde; retirate á descansar, hija mia, y recibe, si no un perdon inútil, al menos mis mas tiernas bendiciones.

— Dejadme que os siga, le dijo, necesitamos estar juntos.

— No, me falta aun poner en orden algunos papeles y me estorbaria tu presencia. Adios, Luisa, adios.

Y cerró M. Granville la puerta bruscamente, se oyó el ruido de un cerrojo y la jóven cayó arrodillada en el umbral de aquella puerta.

Largo tiempo permaneció Luisa de rodillas, con las manos cruzadas. Latia su corazon con violencia, tenia un terror vago, indefinible; y prestaba atencion al menor ruido, al menor soplo que percibía.

Levantóse Luisa, quiso enjugarse los ojos y nuevas lágrimas seguían á su pesar á las ya derramadas. Pensaba en su marido, en las tiernas palabras que acababa de dirigirla, en su sublime indulgencia, en los nobles sentimientos de que habia hecho gala en aquel dia fatal.

— ¡Noble amigo mio! exclamó, seré tuya exclusivamente. Lejos de mí culpables pensamientos, locas esperanzas y penosos remordimientos, á tí te consagro la vida que tú salvaste, si es cierto que continúa la prosperidad de tus negocios. Si por el contrario te persigue la fortuna, te seguiré con placer, cuidaré de tu vejez, te ahorraré mil fatigas, mil trabajos y te haré olvidar nuestra miseria. ¡Oh! ¿por qué me has separado de tí? ¿por qué no me has dejado mostrarte todo mi reconocimiento?

En este momento retumbó en la casa la detonacion de un arma de fuego.

Quedó Luisa inmóvil, estupefacta, temblando de pies á cabeza y sin atreverse á respirar: quiso gritar y no pudo... las lágrimas no brotaban ya de sus ojos porque ni siquiera alentaba.

Figúrase por fin percibir pasos... escuchar su nombre y que se repiten con terror las palabras *muerte*, *suicidio*. La entregan una carta que estruja con delirio y lee en ella lo siguiente:

« Adios, ¡Luisa mia! yo tambien te he engañado. No tengo el dinero necesario para precaver mi ruina y mañana habrá quebrado mi casa. No me siento con fuerzas para sobrevivir á mi deshonra y dejo la vida y te dejo á tí: perdóname como perdono á los que me han hecho daño. Apenas comienza tu vida cuando la mia acaba, y despues de las lágrimas que te costará mi muerte, ¡ojalá sea venturoso tu porvenir! Yo te bendigo, hija mia, y este nombre que revela el cariño inmenso que te profesaba, es el único que quiero pronunciar para que sea tambien el único recuerdo que te quede... »

» V. GRANVILLE. »

Lanzó Luisa un grito lastimero y se escapó de sus manos la terrible carta.

— ¡Madre mia! ¡madre mia! exclamó alzando las manos hácia el cielo, no me habiais perdonado.

Al dia siguiente no se habia declarado en quiebra la casa Granville. El conde Mirmont en medio de la confusion general habia dejado en el gabinete del banquero el dinero necesario para los pagos, y una hora despues se embarcó en un buque que salia para Nueva Orleans.

En Marsella todo el mundo se asombró de que se hubiera quitado la vida un hombre cuyos negocios se hallaban en tan floreciente estado.

Angela.

I.

Sola está: envuelta en un largo velo de crespon se pasea apresuradamente por esa estancia entapizada. Parece sumergida en el mas estúpido dolor, y sin embargo sus ojos no lloran; yo veo al través de la opaca gasa que cubre su rostro unas largas pestañas enjutas, una niña vivaz que se mueve hácia todas partes sin fijarse en ninguna, y un rostro pálido aunque hermoso, que ora se cubre repentinamente de carmin á impulsos del enojo, ora vuelve á su habitual amarillez, ora revela el dolor mas profundo; ora rie convulsivamente con un candor infantil... ¿quién es esa hermosa demente? ¿Por qué causa ha perdido el juicio?... Sus adornos estarian bien á una princesa: los muebles que la rodean indican que habita el palacio de un potentado, y ella sin embargo está sola y loca. ¡Qué misterio tan incomprensible! Acércase á un bufete, coge el papel con las muestras del mas violento despecho y le deshace en menudos pedazos. Vuelve á escribir de nuevo y vuelca impensadamente el agua de un hermoso florero sobre la mesa... entonces se levanta colérica, abre las persianas de un balcon y arroja por él las plumas y los enseres de su escritorio. Despues, guiada por un movimiento de piedad, de remordimiento ó de costumbre, se arrodilla á los pies de un crucifijo en un riquísimo dosel de terciopelo festoneado de oro. Nadie la observa; mas si alguno se situase á su espalda creeria descubrir en ella una hermosa estatua de marfil cincelado por Cánova representando á una de las tres Marias de la Pasion del Redentor. ¡Qué expresion tan sublime respira esa figura de luto, ese rostro de nieve, esas manos de cera apretadas violentamente contra el pecho, y esos ojos inmóviles que indican á un tiempo el trastorno del alma y el placer de la contemplacion!...

El sonido moribundo de una bocina de caza resuena en el jardin.

— ¿Es él? exclama saliendo repentinamente de su enagenacion mental; el pérfido... vendrá á gozarse en su obra... en la horrible obra de la deshonra y de la infamia... vendrá á reirse de mis lágrimas; pero no: yo sabré contenerlas, yo sabré enseñarle que cuando la desesperacion se ha apoderado del alma de una mujer, sus ojos quemán tanto como sus manos, y los párpados permanecen secos y enjutos como el corazon que no puede llorar.

Abrió, dicho esto, con precipitacion una puerta secreta; un hombre embozado se introdujo en la estancia, y todo permaneció por largo espacio en el mas profundo silencio.

El incógnito mostraba rayar apenas en la edad de treinta años; su estatura era bien proporcionada, sus facciones varoniles, sus ojos pardos y rasgados como los del azor; una barba negra le descendía en graciosos rizos hasta el pecho y el cabello tan negro como bruñido ébano le ocultaba las orejas cayendo en torneados bucles sobre los hombros. Vestía un traje magnífico á la usanza de la corte de Carlos I, y llevaba como por adorno en la cintura un pequeño puñal, con cuyo mango jugueteaba para distraerse al parecer de sus melancólicas reflexiones.

Cansado al fin de callar tanto tiempo, acercó una silla á la de la jóven y la dijo apretando una de sus blancas manos entre las suyas:

— No dirás, mi querida Angela, que no he estado puntual á la cita; me enviaste á decir que estuviese en este lugar á las doce en punto, y por cierto que tu hermoso gallo de las tres crestas aun no ha dado el primer canto para señalar la media noche.

Nada contestó la jóven á este cumplido, y haciendo un gesto de desprecio se puso á deshacer el cordón de oro que pendía de su cintura.

— Acaso no habrán dejado de cruzar por el interior de tu hermosa cabeza esas horribles quimeras, esas fantasmas que aborta la desconfianza para atormentarnos; cuando hayas visto que he faltado algunos dias de tu lado; pero puedes vivir satisfecha de que mi pasion es tan ardiente como la que supiste inspirarme la primera vez en que me dirigiste una mirada de amor.

— Falso, exclamó Angela sin poder contenerse; di mejor que la pasion que me profesas ahora es tan tibia como la que siente un niño voluble hácia los juguetes que ha destrozado y mira rotos á sus pies. ¿Has amado tú nunca?... Si tal creyese te tendria siempre por un hombre vil, mas no te compararia á esos sapos inmundos que engendra el cieno de los pantanos, y que rastrean por las orillas porque el asco que inspiran impide que se acerque nadie á destruirlos.

Siguióse á estas palabras otro intervalo de silencio, al cabo del cual el caballero, que parecia disgustado de su posicion embarazosa, hizo un profundo saludo en ademan de retirarse.

— Detente, detente, exclamó Angela corriendo hácia él despavorida; estás en mi poder, y arrancándole de la cintura el puñal con una velocidad increíble, le puso la acerada punta al pecho y le intimó que se sentase.

Una sonrisa de desprecio se pintó en los labios del incógnito que dijo con reposada voz:

— Tú has creído sin duda intimidar á Carlos el aventurero amenazándole con unas cuantas pulgadas de hierro, y olvidas que desde niño está habituado á manejar una espada de cinco cuartas y á ver enristradas contra su pecho las lanzas mas temibles de Europa. Yo creí que nada tenias que decirme y me retiraba á descansar. Dentro de dos dias tengo que emprender un viaje tan largo...

— ¡Un viaje! ¿y á dónde? dijo Angela con las muestras del mas descompuesto terror.

— A Flandes, contestó con frialdad el guerrero.

— No, no partirás, exclamó la hermosa dirigiéndole una mirada amenazadora. No hay un Dios en el cielo, es una impostura; no hay un Dios en el cielo si llegas traidoramente á abandonarme en el estado en que me encuentro. Ese ser incomprensible á quien adoro, á quien siento dentro de este corazon y... que me maldice sin duda, pues me envia sus remordimientos, no podria consentir que triunfase siempre de mi inocencia un malvado como tú, ni permitiria que ufano y satisfecho fueses á proclamar á tu patria el deshonor é ignominia de una noble castellana. Tengo un padre, valido del monarca; tengo un hermano, en cuyas venas hierva la sangre heroica de los Laras, y un centenar por lo menos de valientes caballeros que me ofrecerán sus vidas, si es necesario, para vengarme de un extranjero desleal... Mas no es esto solo lo que tenia que decirte: un secreto mas importante es el que tengo que revelarte y que no he querido fiar al papel... hasta el aire quisiera que lo ignorase.

Dió algunos pasos por el aposento, resbalando suavemente el pié por la mullida alfombra y se volvió á sentar al lado del incógnito.

— Bien sabes, le dijo bajando de tono la voz, que cuando me conociste en la corte era inocente y virtuosa; que despues me has visitado en esta quinta donde solo habito con mi hermano y algunos criados de mi padre, y que al poco tiempo me has conocido ya sin inocencia y sin virtud: ¡horrible crimen es el que has cometido, aventurero infausto! Pues bien, óyeme: yo soportaria con valor todo el peso de mi ignominia; yo consagraria mis dias á la penitencia y á los tormentos, y te dejaria marchar á los combates á saciarte de sangre humana, único placer que conocen los tigres, si fuese posible que en el claustro se diese acogida á una mujer como yo... á una mujer que va á ser madre.

Estas palabras produjeron el efecto del rayo en el ánimo del guerrero; inmutóse su frente, agitaronse sus miembros con un temblor convulsivo, y dirigiéndose á Angela la dijo lleno de turbacion:

— Tú me has revelado un terrible secreto, muy terrible, Angela, y yo no puedo en cambio revelarte los míos; huyamos, yo te sacaré de esta quinta y abandonaremos para siempre la España. Me seguirás á Flandes, donde espero que mi espada me abra el campo de la fortuna y que esta me sonría alguna vez placentera al hijo de la desgracia. Yo no tengo patria ni hogar que ofrecerte; mi escudo es mi linaje, esta capa mi albergue y estos brazos mis protectores. Arrójate en ellos, hermosa Angela, y aprenderás á maldecir de las preocupaciones del vulgo, que apoderadas ahora de ese corazon candoroso, le desgarran y martirizan.

— ¡Preocupaciones del vulgo llamas á la virtud!... Pero no malgastemos el tiempo en inútiles palabras. Yo no puedo partir con un hombre que no sea mi esposo á los ojos de Dios y del mundo... Hé aquí lo que exijo de tí. Santifica nuestra union con un juramento solemne al pié de los altares... dile al mundo: esa es mi mujer, no mi manceba, y yo te seguiré á los confines del universo... ¿Enmudeces? tu rostro se cubre de una sombría tristeza... no me amas... basta, basta ya de humillaciones; la hija del noble se degrada en rogar con su mano al aventurero; ya es necesario que empiece á brindarte con su odio, con la venganza, con la muerte, sí, monstruo, con la muerte; una fiera de tu especie no puede existir en la sociedad, un puñal asesino debe terminar su vida y la mano de un sayon arrojar arena sobre su cadáver para que no infeste el aire con su corrompida ponzoña... Es la una, dijo prestando atencion al reloj de la torre que sonaba en aquel momento. Mañana á esta misma hora no existirás ó habrás quedado libre para siempre de ese lazo que tanto aborreces. En el parque nuevo inmediato á la fuente hallarás mañana á media noche un guerrero que toma sobre sí la defensa de mi causa. Si la fortuna le favorece, como espero, moriré vengada... ¡Ah! la venganza es el único placer que me resta sobre la tierra.

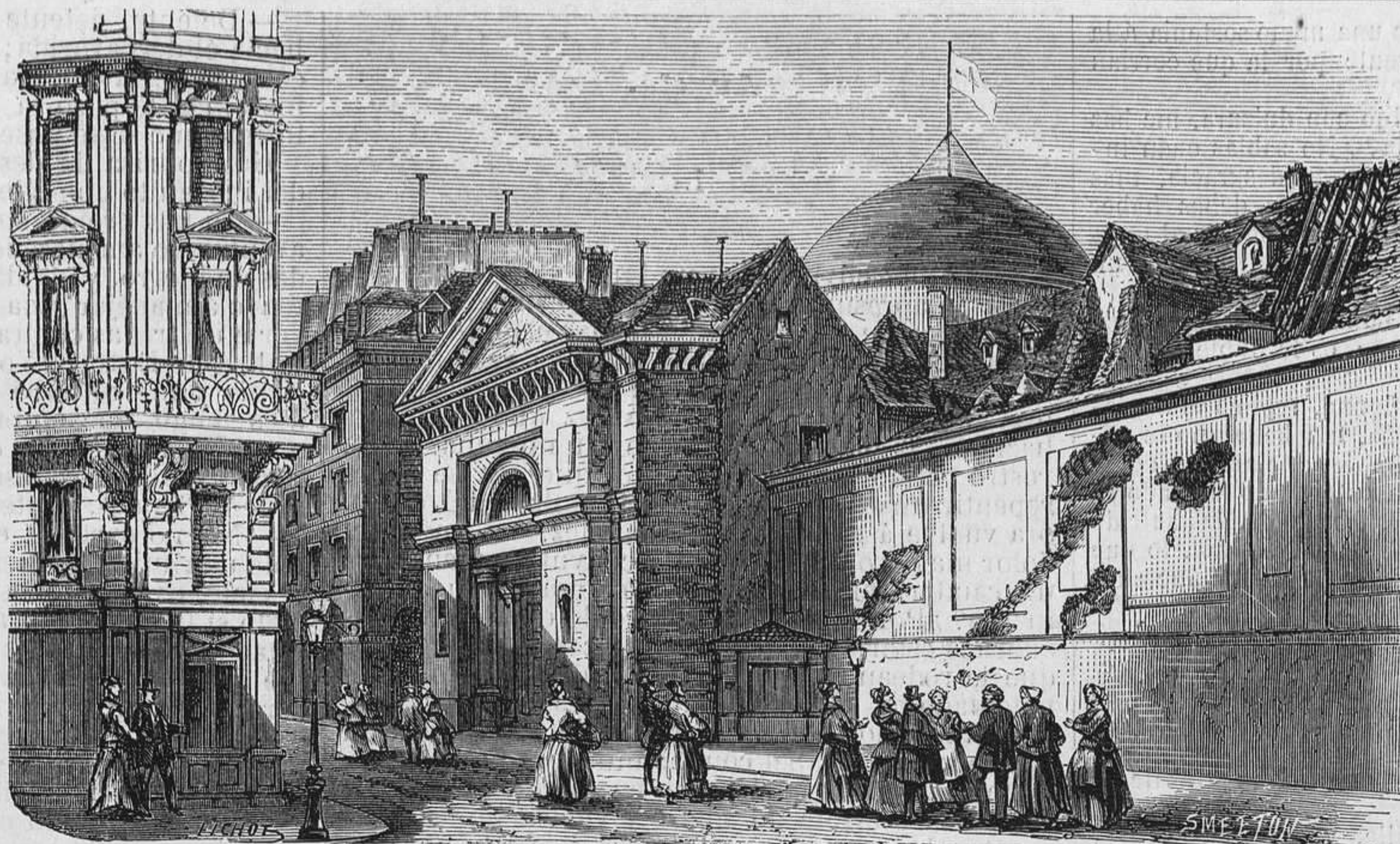
(Se continuará.)

Los palomos

MENSAJEROS.

¡Cuántas veces hemos presenciado en Paris el espectáculo de la llegada de un palomo! La multitud acudia con ansia, y todos los ojos seguían impacientes al mensajero alado que revoloteaba por los tejados y las ventanas, y todos los corazones palpitaban con la idea de los despachos que el viajero aéreo podía traer escondidos en su plumaje.

Muy natural era la conmoción de la muchedumbre. ¿No eran para nosotros aquellos mensajes tan gratos como la rama de oliva para los refugiados del arca, santa? Sí, porque

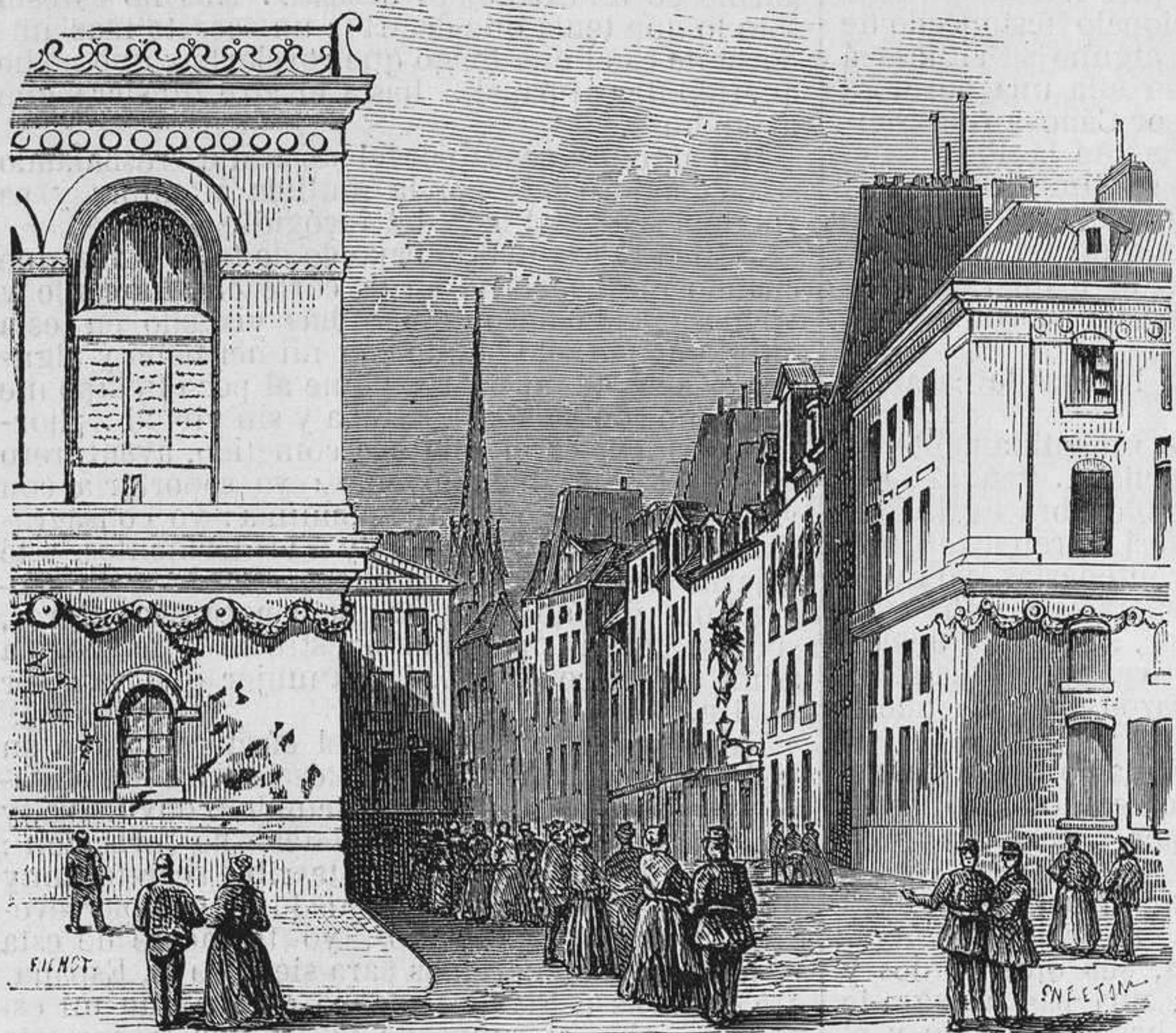


EFEITOS DEL BOMBARDEO. — Convento del Sagrado Corazon en la calle Saint-Jacques.

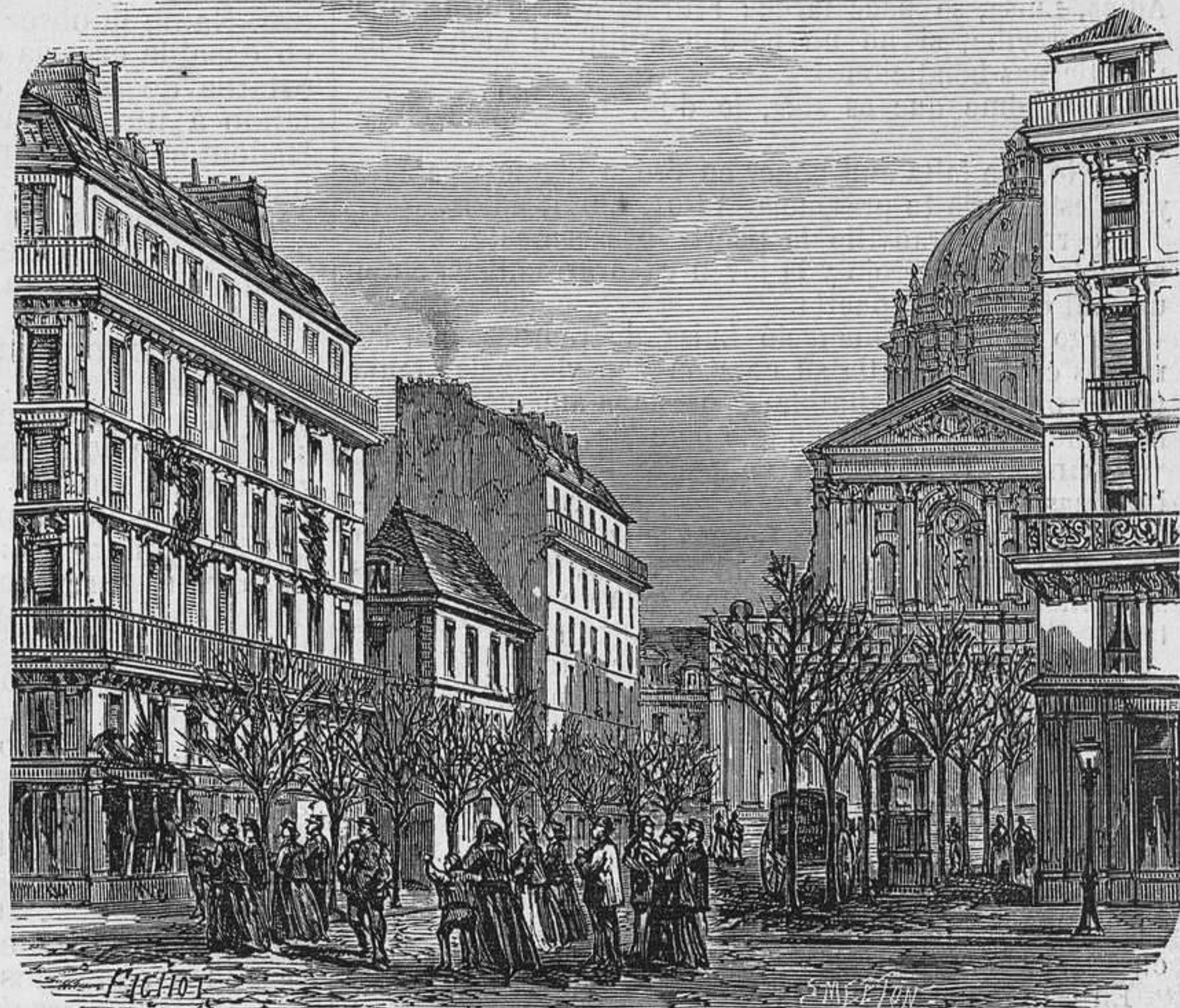
nos traían noticias de nuestros queridos desterrados; porque dentro de algunas horas íbamos á saber de la patria, de los ejércitos, del movimiento belicoso de las provincias.

Pero ocurrieron tales lances en la caza, que se daba á los palomos, que el gobierno intervino, y una nota del *Journal officiel* advirtió á los habitantes que aquella persecucion podia precisamente tener un resultado contrario al que Paris esperaba, pues espantado el pobre palomero que llegaba rendido de su viaje, podia perder su camino.

Con efecto, era cruel aumentar con nuevos obstáculos los peligros del viaje, los peligros del frio, de la nieve, de la escopeta del cazador, del fusil prusiano y de la temible caza de los



La calle de las Siete Vias al Norte del Panteon.

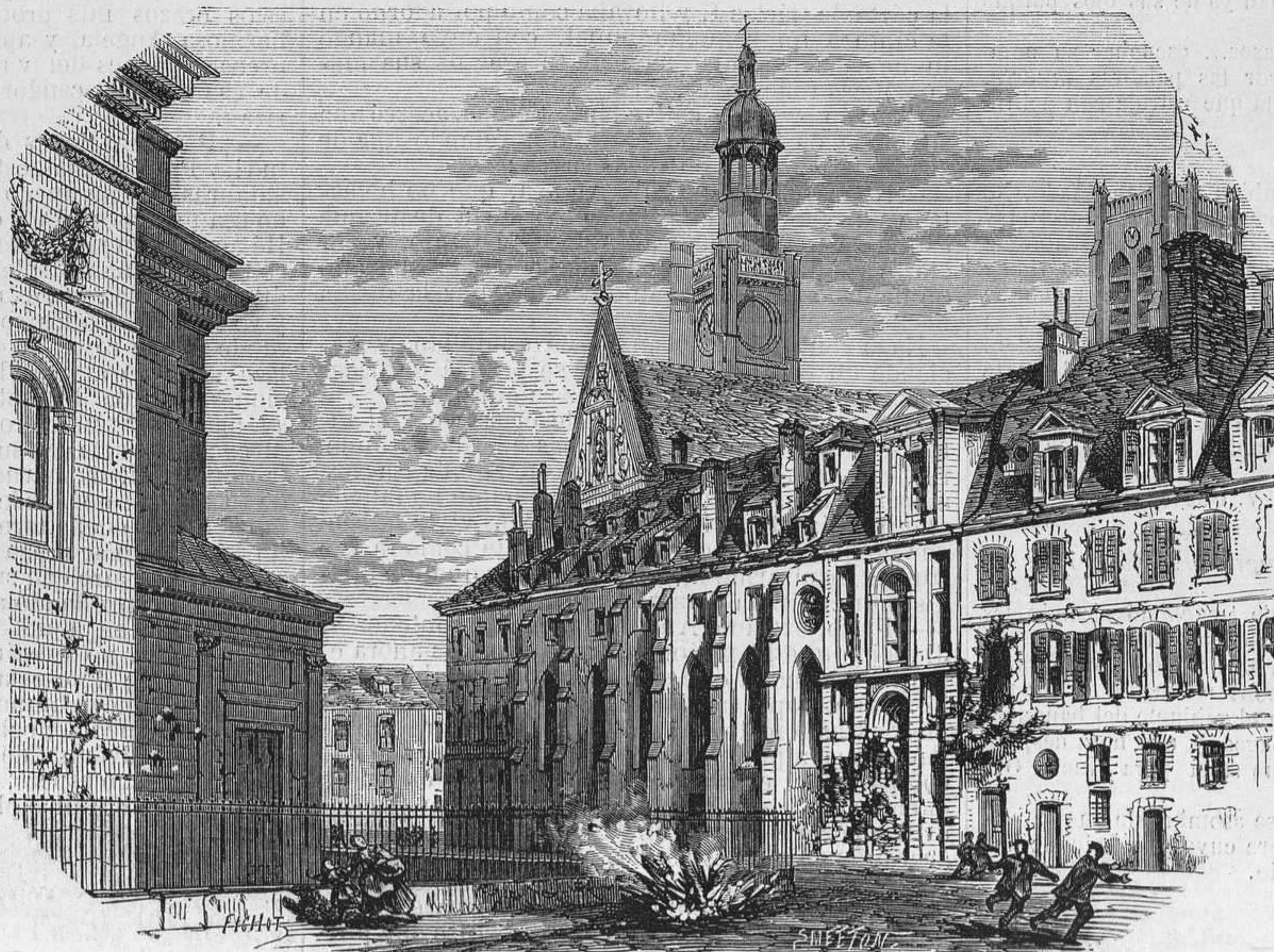


El café de Harcourt en la plaza de la Sorbona.

milanos que los enemigos les enviaban.

Este sistema de correspondencia tan ingeniosamente combinado, tan precioso para la Francia, puesto que por medio de los palomos comunicaban la vida de Paris con la de los departamentos, se hallaba entregado, pues, á mil peripecias, á mil peligros, á mil operaciones á cual mas delicadas; y para hacer de todo ello un resumen fiel, hemos visitado á M. Derouard, calle de Rambuteau, núm. 48, que estaba encargado por el gobierno de la defensa nacional de todas las obligaciones de tan importante servicio. Existen en Paris dos *sociétés colombiphiles*, la *Espérance* y el *Roitelet*, y M. Derouard es uno de los principales miembros de estas asociaciones que tienen á sus palomos un cariño entrañable.

Es verdad que hay palomos de muy distintas clases. Los palomos domésticos son de variadas razas; pero entre



El Colegio de Enrique IV.

todas ellas figura en primer término el palomo viajero. Hemos visto estos carteros alados del correo aeronáutico en casa de M. Derouard y en casa de M. Goyet, cuyo pintoresco palomar representamos. Nuestra presencia les ponía en fuga; pero á la vista de los años volvían muy humildes á recibir la comida en las manos.

Confesaremos que no sin emoción examinamos y acariciamos á nuestros preciosos mensajeros. El palomo viajero no es mas abultado que los otros; sus formas son cortas y robustas; la cabeza es ancha entre los ojos, que son saltones y abiertos; el cuello corto, el ala vigorosa, el plumaje de la cola prieto, las patas peladas y no muy largas. Su color es variable, pero domina el azulado esmaltado de negro con mas ó menos manchas.

Hé aquí la descripción del sistema empleado:

Cada vez que debía salir un globo, M. De-

rouard recibia una comunicacion oficial diciéndole la hora y el sitio en donde debia presentarse con los palomos.

A la hora prefijada la jaula estaba pronta con cuatro, cinco ó seis palomos viajeros que salian en busca de noticias.

Al regreso llevaban inmediatamente el palomo al Hotel de Villa con su mensaje.

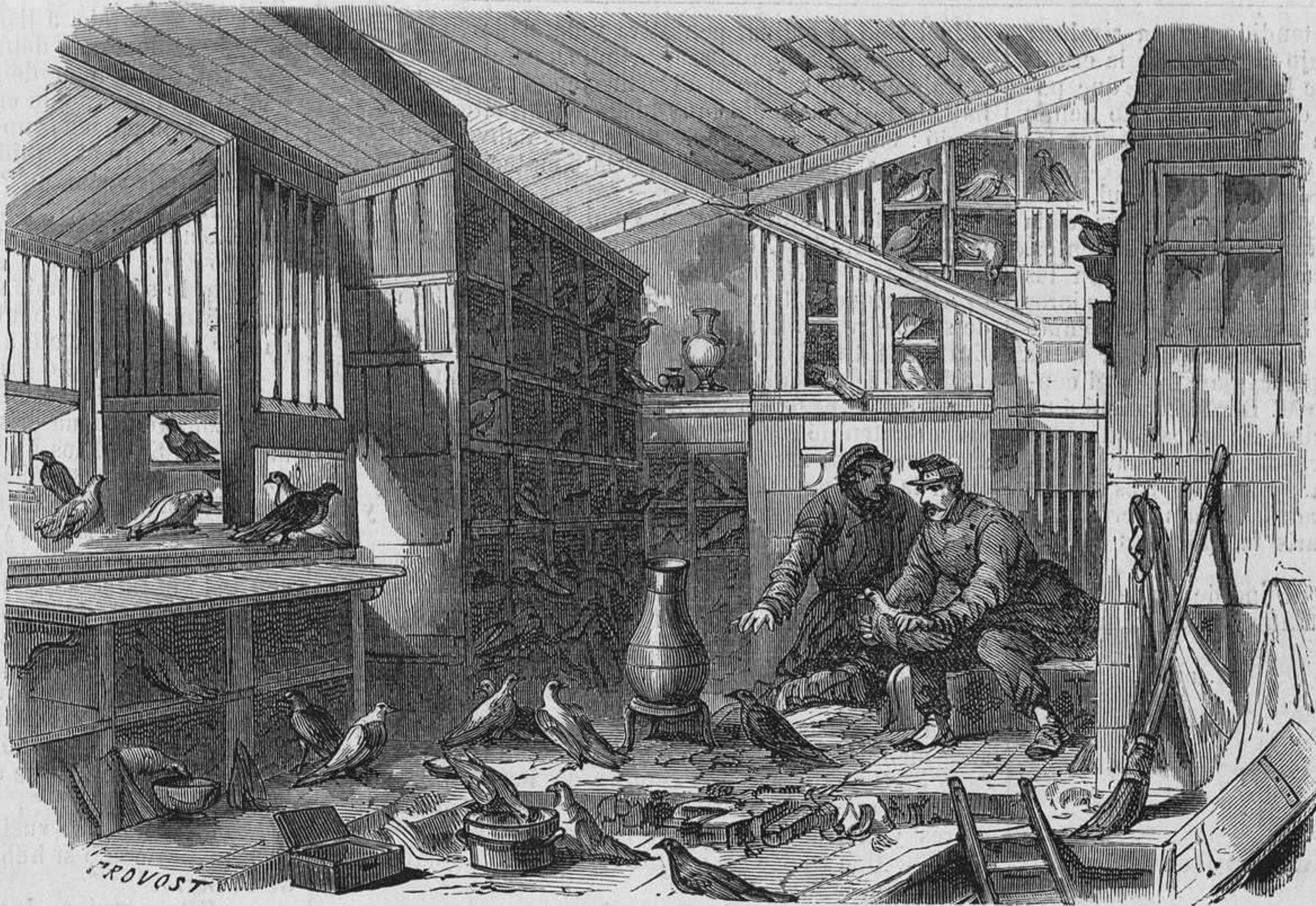
Los despachos reducidos por el procedimiento fotográfico de M. Dagron, venian en pedacitos de papel microscópicos, encerrados en un cañon de pluma atado á la cola del palomo. Luego con un cristal de aumento se leian, se copiaban y se repartian los despachos.

Impedimentos de toda clase han podido crear obstáculos á su vuelta. Pero el palomo vuela muy de prisa. En uno de los concursos mas célebres que ha habido soltaron palomos en San Sebastian (España) á las cinco de la mañana que llegaron á Lieja á las siete de la tarde. En esta expedicion de un día el palomo habia hecho un kilómetro por minuto.

Pero además del vuelo hay que tener en cuenta el maravilloso instinto que les permite reconocer con certeza el camino que deben seguir para llegar á sus respectivos palomares, de los cuales están separados con frecuencia por una distancia de varios centenares de leguas.

Algunos autores pretenden que solamente los guia el sentimiento del amor materno, y quisiéramos poder participar de esta opinion.

Nosotros preferimos la creencia de Toussenel, que ha



SITIO DE PARIS. — El palomar de los palomos mensajeros.

escrio estudios tan encantadores sobre el mundo de las aves.

« No hay ave (dice Toussenel), que no reconozca al primer instante los cuatro puntos cardinales de la localidad.

» El ave de Francia sabe, por ejemplo, de un modo positivo, que el Norte sopla el frio, el Mediodia el calor, el Este el seco y el Oeste el húmedo. De modo que tienen mas conocimientos meteorológicos que se necesitan para dirigir su marcha sin ayuda del sol y de los ojos. »

Mas adelante añade :

« El palomo doméstico, trasportado de Bruselas á To-

losa en un cesto cubierto, no ha tenido, es cierto, el placer de ver la carta geográfica del trayecto; pero nadie ha podido impedirle que sienta por las calientes impresiones de la atmósfera que seguia la direccion del Mediodia.

» Puesto en libertad en Tolosa, sabe que la línea que debe seguir para llegar á su palomar, es la línea del Norte. De modo que sigue derecho esta direccion y no se detiene sino en los parajes del cielo en que la temperatura media es la de la zona que habita.

» Si no encuentra al momento su domicilio, es que ha subido perpendicularmente al ecuador y que se ha apoyado mucho sobre la izquierda ó la derecha, no encontrándose en el mismo meridiano exactamente, Bruselas y Tolosa. En todo caso, no tiene necesidad mas que de algunas horas de investigaciones en la direccion del Este y del Oeste para conocer sus errores; y este trabajo

de rectificacion es lo que explica la diferencia que se observa en las horas de llegada de los diferentes correos expedidos.

» El encuentro de los piratas que cruzan las altas regiones de nubes y se llaman el halcon, el milano, es la sola causa que impide á todos los palomos estar de vuelta en el puerto natal á hora fija.

» Los buenos palomos mensajeros hacen ordinariamente veinte y cinco á treinta leguas por hora. Es menos pronto que ciertos ferro carriles; pero no se puede exigir de un ave que tiene sus necesidades y sus inquietudes, la misma regularidad y rapidez que de un rail inerte y sin pasion



Vista exterior del palomar de los palomos mensajeros en la calle de Magenta.

» Los perros, que no han pretendido nunca rivalizar con los navegadores del aire bajo el punto de la erudición geográfica y la memoria de la vista, pero que poseen en revancha la memoria del olfato que no tienen los segundos, no se industrializan de otro modo que las aves viajeras para encontrar su camino.»

Quedan, pues, explicados instinto y velocidad, y se comprende ahora cómo los palomos que lleva cada globo pueden traernos las noticias de los departamentos.

A veces no se encontraba el cañón de pluma con los despachos; y á veces también los pobres mensajeros volvían heridos al palomar. Ya hemos dicho que tenían contra ellos muchos peligros, y no era el menor el de los milanos prusianos, que los perseguían hasta el centro de París. El 28 de noviembre M. Derouard mató á un milano que revoloteaba por encima de su palomar.

Los miembros de las dos sociedades han pagado, pues, su deuda patriótica á la Francia. Mas de las tres cuartas partes de los palomos despachados se han perdido, y durante el sitio han salido de París 400 palomos cuando menos.

El recuerdo de los palomos será uno de los más interesantes del sitio por los importantes servicios que nos han hecho.

R. DE M.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuación. — Véase el N.º 942.)

— ¡Justo cielo! exclamó el doctor, es la única parte que le debía estar prohibida. ¡Qué impresiones tan terribles va á recibir allí!

El doctor, muy inquieto, se encaminó á la fábrica, y supo que Jael se había desmayado cuando se vió en el lugar de la catástrofe.

Después pidió que la enseñaran el sitio en donde la recogieron después de la explosión, y finalmente, habiendo sabido que descubrieron en el río los restos de Enrique Little, tomó á una niña para que la acompañara á verlos.

Llamada é interrogada esta niña, contó que había ido con Jael á las casas consistoriales, pero que el portero no había querido recibirlas sin una licencia del alcalde.

— Tanto mejor, exclamó el doctor, todavía hay gente sensata en la tierra. ¿Y después, á dónde fuisteis?

— Yo volví aquí.

— Ya lo veo; pero ¿y la jóven?

— Se volvió á su casa diciendo: «Ya no tengo á nadie aquí y me vuelvo á casa de mi padre.»

— ¡Pobre muchacha! murmuró el doctor.

De repente se dió en la frente una palmada.

¿No le había anunciado M. Raby que el anciano Donce había muerto y que Patty había emigrado?

En este caso, la pobre Jael iba á encontrar allí otra impresión penosa. ¿Cómo la soportaría en el estado en que la había dejado su larga enfermedad?

El doctor corrió inmediatamente en busca de la jóven, tomó la dirección de Cairnhope; pero por más que hizo el cobero, el buen doctor no pudo alcanzar á Jael en el camino.

Entonces se dirigió á la granja y allí un labrador anciano que se había quedado solo en la casa abandonada le dió que Jael había llegado dos horas antes, que había preguntado por su padre y su hermana, y que la contestaron que su padre había muerto y su hermana se había marchado al extranjero.

— ¿Y se lo dijisteis sin más precauciones? exclamó el doctor cada vez más enfurecido. ¿No podíais haberos puesto en el lugar de la pobre muchacha para calcular el efecto de un golpe tan terrible?... ¿Qué hizo?... ¿Cómo tomó la noticia?

— Se quedó un instante estupefacta, respondió el anciano, y luego se estuvo acurrucada en un rincón como una hora, después de lo cual se levantó diciendo que iba al campo santo.

— ¿Y no tuvisteis la idea de hacerla tomar alguna cosa?

— Sí, señor, la ofrecí carne y té; pero no lo quiso.

El doctor marchó á Raby-hall y dió parte al squire de todos sus recelos.

M. Raby resolvió tomar á Jael en su casa; mandó preparar un cuarto y encender lumbre.

— Comereis conmigo y pasareis aquí la noche, le dió, así charlaremos un rato de cosas antiguas.

El doctor aceptó y muy luego los dos amigos se sentaron á la mesa hospitalaria, en tanto que un alegre fuego ardía en la chimenea.

Durante este tiempo Jael, petrificada por el dolor, se hallaba inmóvil sobre el sepulcro de su padre.

Después de pasar así un gran rato, se levantó exclamando:

— ¡Muerto, muerto!

Y se dirigió hácia la antigua iglesia y se sentó en el postigo, donde permaneció más de dos horas entregada á una desesperación sombría.

— ¡Y también él está en el otro mundo!...

Jael bajó la colina, pensativa y desolada.

Sus pasos erraban al azar, como su cerebro.

Habiendo entrado sin advertirlo en el parque de Raby-hall, la jóven se halló muy luego en un sitio que reconoció: era la gran pradera del squire Raby.

La luna bañaba el césped y la fuente que había en medio.

Adelantóse algunos pasos y vió la ventana principal muy alumbrada. Allí era donde había cantado los villancicos en la Navidad del año anterior, allí había visto á Enrique Little tan conmovido delante del retrato de su madre, y ahora su padre estaba muerto y también Enrique Little.

Miró á la ventana y luego á sus piés: la luna parecía sonreírle en el fondo del agua.

Jael extendió los brazos y arrojando un grito de desesperación se arrojó al agua.

En la comida Amboyne había revelado á M. Raby los rumores que corrían sobre las relaciones de Jael y su sobrino.

— ¡Qué importa ahora! exclamó el squire con tristeza.

Cada vez que un criado entraba en la habitación, el doctor preguntaba si Jael no había parecido.

M. Raby participaba de su impaciencia, mas no de su ansiedad.

— La jóven conoce á sus amigos, decía, y sabe que será bien recibida. Seguramente, cuando se haya cansado de llorar tomará el camino de Raby-hall, y una vez aquí me dirá lo que haya de cierto en aquellos rumores y me indicará el sitio donde tuvo efecto la explosión. Una Dence no miente nunca cuando habla con un Raby.

Sin embargo, cuando dieron las nueve y no se supo nada de Jael, el squire comenzó también á tener recelo.

— ¡Diantre de muchacha! dijo; sus antepasados auxiliaron á los míos en el peligro y la aflicción durante trescientos años, y ahora que es desgraciada ella se aleja de mí!...

— Poneos en su lugar, dijo Amboyne siempre fiel á su máxima; os debe creer irritado contra ella si esos rumores tienen fundamento.

— Es verdad. Estoy por enviarle un recado á la granja diciéndola que la espero...

— No me parece mal.

Dicho y hecho.

A las once volvió el mensajero diciendo que la jóven no se había presentado mas que una vez, y que la habían visto recorriendo caminos como una loca.

— Que salgan con luces á buscarla, dijo el squire.

El doctor y M. Raby se sentaron junto á la lumbre y hablaron de los asuntos que les preocupaban, principalmente de la pobre Mrs. Little, que M. Raby deseaba mucho ver en su casa.

Algunos minutos después oyeron un terrible grito, y tan cerca que parecía haber sido lanzado debajo de las ventanillas de aquella habitación.

Los dos hombres se levantaron al punto y se quedaron inmóviles en medio de su zozobra.

El grito no se repitió.

— Es en mi jardín, exclamó M. Raby.

Abrió la vidriera con mano trémula y se asomó: el doctor hizo lo mismo; pero no vieron nada.

Entonces bajaron á explorar aquel sitio y recorrieron toda la pradera.

De repente el squire lanza un grito de horror.

Acababa de distinguir el cuerpo de una mujer que flotaba en el estanque con la cabeza abajo.

Lanzarse al agua hasta la cintura y sacar á la víctima á la orilla fué para M. Raby asunto de un instante.

Con ayuda del doctor la puso en el césped. El semblante estaba lívido y el cuerpo parecía inanimado.

Los dos hombres no perdieron tiempo. Levantaron á la jóven, uno tomándola por los hombros y otro por sus piés, y la llevaron delante de la lumbre extendiéndola en la alfombra.

Allí yacía como un árbol mojado: sus ropas empapadas dibujaban sus bellas formas.

Amboyne se arrodilló delante de ella, buscando en vano alguna señal de vida en aquel cuerpo insensible.

— ¡Oh! exclamó, es posible que tan hermosa jóven se haya agostado en la primavera de su vida.

— ¡Muerta! dijo el squire, ¡no lo quiera Dios! Uno de sus antepasados salvó á uno de los míos en una batalla; otro sacó de las olas á un Raby, y esta jóven se habría ahogado á dos pasos de mí, en mi fuente, ¡donde hay apenas tres piés de agua! ¿Es la última de esa raza leal y soy yo el último de los Raby?...

Y mientras se lamentaba de esta suerte, con las mejillas pálidas bañadas en llanto, Amboyne creyó descubrir una contracción en las facciones de la jóven.

Tomó el fuelle de la chimenea, é introduciéndole con precaución en la boca de Jael, que se abrió sin resistencia, envió aire á sus pulmones.

Cuando repitió varias veces esta operación, algo como un suspiro se exhaló de los labios de la víctima.

Entonces el doctor dejó el fuelle; puso la mano á la jóven en el corazón y examinó los ojos.

— Es extraño, dijo, dadme un poco de aguardiente. Mas parece síncope que asfixia.

Y sobre esto el doctor aplicó fricciones á las sienes y á las ventanillas de la nariz con el líquido espirituoso.

Al cabo de un instante, el cuerpo de la jóven onduló como una serpiente herida y su boca dejó escapar un leve gemido.

— ¡Está salvada! gritó M. Raby corriendo por el cuarto con una alegría infantil, está salvada.

Ya se preparaba á llamar á las mujeres de servicio, cuando el doctor le detuvo diciéndole:

— Guardaos bien de llamar, al contrario, cerrad la puerta para que nadie entre aquí. Importa mucho que la pobre muchacha no vea mas que á nosotros dos cuando recobre el sentido. ¿No conocéis que no se trata de un simple accidente?

— Mucho me lo temo, es verdad; ¡pobre muchacha! ¡Qué locura!... ¿Y qué hará cuando recobre el conocimiento?

— No lo sé, sin duda sufrirá una fuerte crisis, y quizás nos costará trabajo contenerla. Recuerdo una ocasión en que ella sola sujetó á un hombre.

Aquí Jael extendió los brazos, exhalando un suspiro. El doctor continuó en voz baja:

— Como es buena cristiana se avergonzará de lo que ha hecho. Sabe Dios á qué extremos la podría llevar el remordimiento. Es preciso convencerla de que nosotros nos hallamos en la persuasión de que se cayó al agua por accidente... Mirad, ya va volviendo en sí... A vos es á quien debe ver primero... Acercaos á ella y miradla con todo el interés que la teneis...

M. Raby tomó la mano de la jóven y clavó en ella una mirada, en la que brillaba la expresión más cariñosa.

No se engañaba el doctor en sus previsiones.

Cuando abrió sus ojos á la luz, Jael distinguió á M. Raby y le contempló largo rato fijamente.

Luego sus miradas se dirigieron á sus vestidos empapados en agua.

Entonces dió una vuelta, y por fin pegó su rostro á la alfombra como si hubiese querido desaparecer debajo de la tierra.

— ¿Estais mejor, Jael? la preguntó el doctor con mucha calma.

Jael no respondió.

— Si otra vez perdeis conocimiento, haced porque no sea á la orilla del agua... Por no haber tomado nada en muchas horas os habeis desmayado y caído en el estanque de la pradera... Felizmente no es hondo, pero buen susto nos habeis dado.

Estas palabras, de las cuales no perdió una sílaba, hicieron que la jóven volviera completamente en sí.

Dirigió en su derredor miradas atónitas y dió con voz débil:

— No recuerdo nada... ¿Quién me ha sacado del agua?...

— M. Raby.

Jael echó una mirada tímida al squire y vió que sus vestidos estaban mojados.

— ¡Oh, squire, dijo sollozando, en tanto que apoyaba su cabeza en la rodilla de M. Raby, habeis entrado en el agua por mí!...

— Callaos, Jael, ¿quereis afligirme?

— ¡Ay, Dios mío, he estropeado la alfombra!...

— ¡Vaya al diablo la alfombra!...

Entre tanto el doctor Amboyne se ponía en lugar de Jael Dence y decía:

— ¿Hay buena lumbre en su cuarto?

El squire comprendió y se alejó diciendo que iba á verlo.

Apenas estuvo fuera de la habitación, cuando el doctor dió á Jael:

— Hija mía, ahí teneis un pobre hombre que está solo en el mundo ahora y muy triste... Os necesita para que cuideis su casa... Ha enviado á buscaros y ya os tiene preparada una habitación.

— ¡Una habitación aquí!

— Ciertamente. ¿Qué hariais ahora en la granja? El pobre squire estará muy contento de teneros á su lado. Ya sabeis que siempre ha querido mucho á vuestra familia... Quisiera que le hubiéseis visto llorar hace un instante cuando os creía muerta.

— ¡Ah! Se interesan por mí mas de lo que yo me figuraba.

— Todo lo mereceis.

Y al hablar así el buen doctor mojaba un bizcocho en vino y se le presentaba á Jael.

La pobre jóven le tomó con sumisión y luego tomó otro.

— Estais cuidando á una mujer malvada, dijo Jael derramando lágrimas de amargura.

— ¡Vos malvada!... No, no, dejadme á mí juzgaros que soy un juez mas competente que vos. Os digo que sois la mejor muchacha del mundo, y la prueba es que vais á olvidar vuestros pesares para consolar al pobre squire, que es también muy digno de lástima.

Estas palabras produjeron una fuerte impresión en Jael; se puso las dos manos sobre la frente como para meditarlas, y ya iba á responder, cuando entró M. Raby anunciando que el cuarto estaba listo.

La jóven dió algunos pasos y luego se detuvo.

— ¿Qué va á decir la servidumbre de la casa? exclamó:

— No os dé cuidado, todos duermen ya.

— ¿De veras? En ese caso, permitidme que vaya á la cocina para secarme. Estoy mojando toda la escalera.

— No seais obstinada; si no quereis andar os vamos á llevar entre el doctor y yo.

— Obedeceré.

M. Raby llevó á Jael al aposento que la había preparado, y una vez allí, abrió un armario y sacó una porción de ropa de mujer.

Había en aquellas ropas magníficos terciopelos mas ó menos usados, brocados antiguos, camisas guarnecidas de encaje, vestidos de moaré y de raso.

Todos estos restos de otros tiempos formaron muy luego una montaña en medio del cuarto.

— Tomad de todo esto lo que os convenga, dijo el squire, pero acercareis estos trapos á la lumbre antes de ponéroslo, porque hace un siglo que no han servido. Y ahora, rezad vuestras oraciones y acostaos.

— Sí, voy á rezar, dijo Jael, podeis estar seguro de ello.

Y cuando M. Raby se alejaba, dijo Jael con tono solemne; pero sin que él lo oyera:

— Viviré porque vos quereis, y para servirlos.

XXXI.

MRS. LITTLE EN LA CASA DE SUS PADRES.

M. Raby se despertó la mañana siguiente por el ruido que hacian dos voces disputándose.

Abrió con tiento su ventana y se disponia á intervenir en el duo con su voz de bajo, cuando reconoció en las dos partes concertantes á Jael y á la moza encargada de la lechería.

— ¿Quién sois, decia esta, para mezclaros en mi trabajo? No sois de la casa, no os conozco... ¿De dónde venís?... ¿Habeis atravesado las paredes?

— ¿Quién soy? Una persona que se interesa por el squire y no quiere que le roben.

— La ladrona sereis vos... ¿Qué ropas llevais encima?... No son vuestras, bien se conoce... James, Tom, aquí hay una mujer desconocida que ha robado ropas al squire y se ha puesto rabiosa por dos libras de manteca.

Cortada con aquel terrible ataque, Jael echó una mirada confusa á su vestidura prestada.

Al punto acudieron criados, y la pobre jóven comenzaba á encontrarse en una situacion crítica, cuando M. Raby acudió en su auxilio y dijo á los criados:

— Silencio... ¿Qué es eso, Jael?

Todos los ojos se volvieron hacia la ventana en donde estaba M. Raby, y Jael contestó diciendo:

— Hace un cuarto de hora ví á esta mujer que sacaba un bulto de debajo del delantal y se le entregaba á una chiquilla, y como la accion me pareció sospechosa, corrí á la niña, que quiso huir, pero al fin se rindió y me entregó el bulto... aquí está: un par de libras de manteca.

— ¡Pobre Jael! dijo el squire, trabajo os mando si quereis vigilar á todos los criados que me roban. Sin embargo, el ejemplo es bueno y quiero aprovecharle.

Y dirigiéndose á la sirvienta, añadió:

— Se os ha cogido con el cuerpo del delito, de modo que estais despedida de la casa.

— Me pagareis el mes, dijo la delincuente con cierta insolencia.

— Nada; y si os encuentro en casa cuando baje, vais á la cárcel en derechura.

No se necesitó mas para aplacar á la moza, que se retiró murmurando.

Viendo que tenia una criada de tanta integridad, M. Raby se propuso hacer algunas reformas en su casa.

Reunió á todos sus sirvientes y les informó que Jael tendria el encargo de vigilarlos, y bajo este concepto, mandó que todos obedecieran á la jóven y la respetaran, á menos que no prefiriesen dejar su servicio.

Dos de ellos así lo hicieron.

M. Raby, que no conservaba jamás á un criado veinte y cuatro horas despues que habia pedido ó recibido el despido, les hizo subir á su cuarto y les pagó un mes de salario.

Durante el almuerzo, M. Raby contó este incidente al doctor, con los comentarios que le sugeria su filosofía ordinaria.

— ¡Y hay gentes, decia, que no creen en la influencia de la raza! ¿Con que el hombre seria el único animal no sometido á esa ley de la naturaleza? Si sacais del agua á un perro que se ahoga, y le llevais á una casa extraña, antes de secarse ya tratará de proteger la casa. Sacad á una Dence del agua y recibidla en vuestro domicilio y vereis que se despierta con la alondra para cuidar de vuestros intereses. ¡Sufrir que roben al amo que la da abrigo!... Imposible, es contrario á su naturaleza. Temo á decir verdad que emprenda una cruzada por cosas insignificantes y que haga mucho ruido por nada. Pero no le hace, sostendré la cruzada por salvar el principio.

— Muy bien, dijo el doctor, es asunto arreglado. Ahora hablemos de cosas mas importantes. Se trata de vuestra hermana: ¿Cómo nos gobernaremos para traerla del Pais de Gales aquí, en el mal estado de salud en que se encuentra?

— Iré yo mismo á buscarla.

— No esperaba menos de vos. Pero una vez aquí, ¿cómo la ocultaremos la desgracia de su hijo? Será cosa difícil estando Jael en casa.

— ¿Y por qué? La pondremos en la confidencia.

— Es verdad, llamada.

Llamaron á Jael y el doctor la dijo:

— Hija mia, tomad una silla y escuchadme con atencion. Mrs. Little va á venir aquí, y su debilidad es tan grande, que la menor sospecha de la muerte de su hijo podria matarla.

— ¡Pobre alma! exclamó Jael.

Y sus megillas se inundaron de lágrimas.

El doctor se calló y echó á M. Raby una mirada.

— Mala aliada vamos á tener.

Al cabo de un instante Jael enjugó sus lágrimas y dijo:

— Continúad, puedo llorar en vuestra presencia, pero no es una razon para que llore delante de Mrs. Little.

— Muy bien, si podemos traerla y hacer que ignore lo ocurrido durante algunos meses, está salvada. Aquí se encontrará en las mejores condiciones para restablecerse: el aire natal, los recuerdos gratos del cariño de su hermano. ¿Pero cómo la ocultaremos tanto tiempo la horrible verdad?

— Dejadme reflexionar, dijo Jael, mis ideas son mucho mas claras desde esta mañana.

La jóven apoyó su barba en su mano y permaneció pensativa uno ó dos minutos.

Con gran sorpresa del doctor su fisonomía tenia una expresion de inteligencia que no habia notado hasta entonces.

— ¿Quién irá á buscar á Mrs. Little? preguntó.

— Iré yo mismo, contestó el squire.

— Mal principio, á mi modo de ver, vuestra vista la causaria una grande emocion. Yo soy quien debe ir. La digna señora me ha profesado siempre amistad y yo me encargo de traerla sana y salva.

Jael reflexionó otro instante y luego continuó:

— Pero en cuanto se halle instalada en Raby-hall, será preciso tomar muchas precauciones, habrá que vigilar su correspondencia y no permitirle que lea los periódicos hasta que estén examinados. Y vos, M. Raby, por grande que sea el placer que deba causaros su compañía, tendreis que evitarla lo mas posible.

— ¿Y por qué?

— Porque nos será preciso estar mintiendo desde por la mañana hasta por la noche y seriais muy torpe para semejante tarea. Si hay en la casa un solo criado que tenga noticia de la catástrofe, y por imprudencia pueda descubrirnos, no receleis en despedirle previamente.

— Todo eso me parece bien; pero yo sabré mentir como los demás por amor á mi pobre Edith.

— Raby, exclamó el doctor, Jael ha hablado lo bastante para probarnos que desempeñará esa delicada mision mejor que vos y yo. Así pues, debeis confiársela.

— Con gusto, si ella consiente.

— Yo estoy dispuesta á partir hoy mismo, dijo Jael.

— Hoy es demasiado pronto, necesitais un dia mas de reposo cuando menos.

— No, no; sé por experiencia lo fatal que puede ser un dia de tardanza. Además, en mi actual situacion, la inaccion me perjudica lejos de aprovecharme, esto sin contar el placer que siento en hacer algo por la casa de Raby, á la que mi familia debe tanto.

Y sobre esto la jóven se retiró para hacer sus preparativos de marcha, dejando al doctor y á M. Raby en la admiracion de los sentimientos y la inteligencia que habia desplegado en tan pocas palabras.

Aquel mismo dia salia Jael para el Pais de Gales.

Inútil es decir á qué pensamientos tan tristes se entregó cuando se vió en el camino de hierro.

A las seis de la tarde se presentaba muy risueña delante de Mrs. Little, que la recibió con tanta alegría como sorpresa.

— Buenas noticias, la dijo Jael. El squire Raby me envia á buscaros para que os lleve á Raby-hall. Quería venir en persona, pero yo he obtenido que me confiara esta mision.

— Buena noticia en verdad, respondió la viuda; ahora moriré en paz con mi hermano y con el mundo entero.

— Morireis cuando os llegue la hora, repuso Jael; hoy se trata de un viaje mas corto, andando algunas millas nos encontraremos en Raby-hall.

— ¡Raby-hall! Jamás tendré fuerza para ir allí, estoy cansada para la lucha de la vida... quedaos conmigo Jael, y me cerrareis los ojos.

— No pido yo otra cosa sino servirlos, dijo la jóven, que juzgando inútil insistir por el momento, se puso á hablar de otros asuntos con aparente alegría.

Al otro dia decidió, no sin un gran esfuerzo, á la pobre inválida, á que la enseñase Aberyst-wisth; y una vez fuera, la llevó á la estacion del ferro-carril, tomó los billetes, la hizo subir al tren y la condujo hasta la mitad del camino de Hillsborough.

En la mañana siguiente las dos viajeras estaban en Raby-hall.

Todo lo encontraron dispuesto.

Edith Little ocupó su antiguo cuarto, muy adornado de flores, y halló algunas líneas amistosas de su hermano Guy, quien la suplicaba que olvidase lo pasado y le dispensase el favor de recibir su visita.

Aquella misma tarde el hermano y la hermana, en los brazos uno del otro, derramaban abundantes lágrimas de cariño.

Jael Dence se hizo poner una cama en el cuarto de Mrs. Little y no la abandonaba ni de dia ni de noche.

Bajo la direccion del doctor Amboyne, cuidó de su régimen, la obligó á hacer un poco de ejercicio, y á fuerza de perseverancia consiguió que adoptara una nueva vida.

El cielo la recompensó inspirándola una filial ternura por su querida convaleciente, lo que fué para su corazón un bálsamo saludable.

Dejemos ahora á los habitantes de Raby-hall para ocuparnos de los demás personajes de nuestra historia.

XXXII.

A ORILLAS DEL MAR.

No lejos de la pequeña poblacion marítima de East-

bank, hay una casa que, por su antigua sencillez, forma notable contraste con las pretenciosas habitaciones levantadas al gusto del dia.

Espaciosa y cómoda, aunque en realidad no sea mas que un *cottage*, esa casa mira al Mediodia y su jardin descende en suave declive hasta el mar, que por esa parte de las cuestas se parece á un hermoso lago, pues una lengua de tierra de dos millas de largo aleja de allí las tempestades.

La hiedra y la viña silvestre cubren el exterior del edificio, un jazmin florido serpentea en torno de la baranda y la cerca del jardin desaparece bajo las enredaderas cuyas ramas cuelgan por encima de las paredes.

En una palabra esta habitacion es un verdadero nido de verdura que parece hecho para dar abrigo á una familia dichosa.

En el año anterior habian pasado allí la luna de miel dos recién casados; hoy es el invernáculo donde aun se inclina sobre su tallo, aunque levantándose un poco mas cada dia, la hermosa azucena herida por la tormenta, que se llama Gracia Garden.

La jóven convaleciente está sentada en un gran sillón debajo de la baranda, con la vista fija en las olas.

La vida vuelve gradualmente á animar aquel jóven cuerpo; pero sin curar su corazón ulcerado.

Su inteligencia ha recobrado toda su lucidez.

Despues de haber permanecido largo tiempo en una insensibilidad moral casi completa, Gracia comienza á considerar de frente estas dos cosas; que el hombre á quien amaba ha muerto y que amaba á otra mujer.

— ¡Cosa extraña! Este último dolor la ha salvado.

Perdona á Enrique Little porque ha muerto, pero su orgullo se subleva á la idea de morir por un ingrato.

Ha resuelto vivir y vivirá; y además, como es mujer aborrece á su rival mortalmente.

Afortunadamente para Gracia Garden, no está sola en el mundo; sus peligros, sus padecimientos, su desgracia, la han hecho descubrir en su padre tesoros de cariño que jamás habia sospechado.

M. Garden veló á su hija todas las noches mientras duró la crisis; descubrió para ella aquella preciosa casa; y no la abandonó un instante, amparándola con su amor paterno, espiondo sus menores deseos.

A veces sus negocios le llaman á Hillsborough y á Londres; pero se apresura siempre á terminarlos para volverse á Eastbank.

Cuando está en Londres la envia dos partes telegráficas diarias, y no puede vivir lejos de su hija.

Tanto cariño le ha llegado al alma á la jóven, y á menudo le dice acariciándole:

— Querido padre, nunca habria creído que me amais tanto.

— Sois el único objeto que amo en el mundo, responde M. Garden; pero ¡ay! ¿cuándo os veré sonreír como en otros tiempos?

— Dentro de algunos años...

Una tarde al volver á Hillsborough, M. Garden dice á su hija:

— He visto á un antiguo amigo, á M. Coventry, y me ha preguntado por vos con mucho interés.

Gracia permaneció silenciosa.

— Está casi tan pálido como vos, continuó M. Garden. Parece ser que ha pasado una grave enfermedad, y en realidad creo que ha sido por vuestra causa.

— ¡Pobre M. Coventry! dijo Gracia; pero con el tono mas indiferente.

— Como se toma tantos cuidados por vuestra salud, le he dicho que puede venir á preguntar aquí... ¡Oh! No os asusteis, que no vendrá; cree que estais enfadada con él.

— ¡Yo! No, señor: ¿qué me importa M. Coventry?

— Él así lo cree. Dice que hizo mal en hablaros contra un hombre á quien amábais, y lo deplora en el alma.

(Se continuará).

Entrada de las tropas

DESPUES DEL ARMISTICIO.

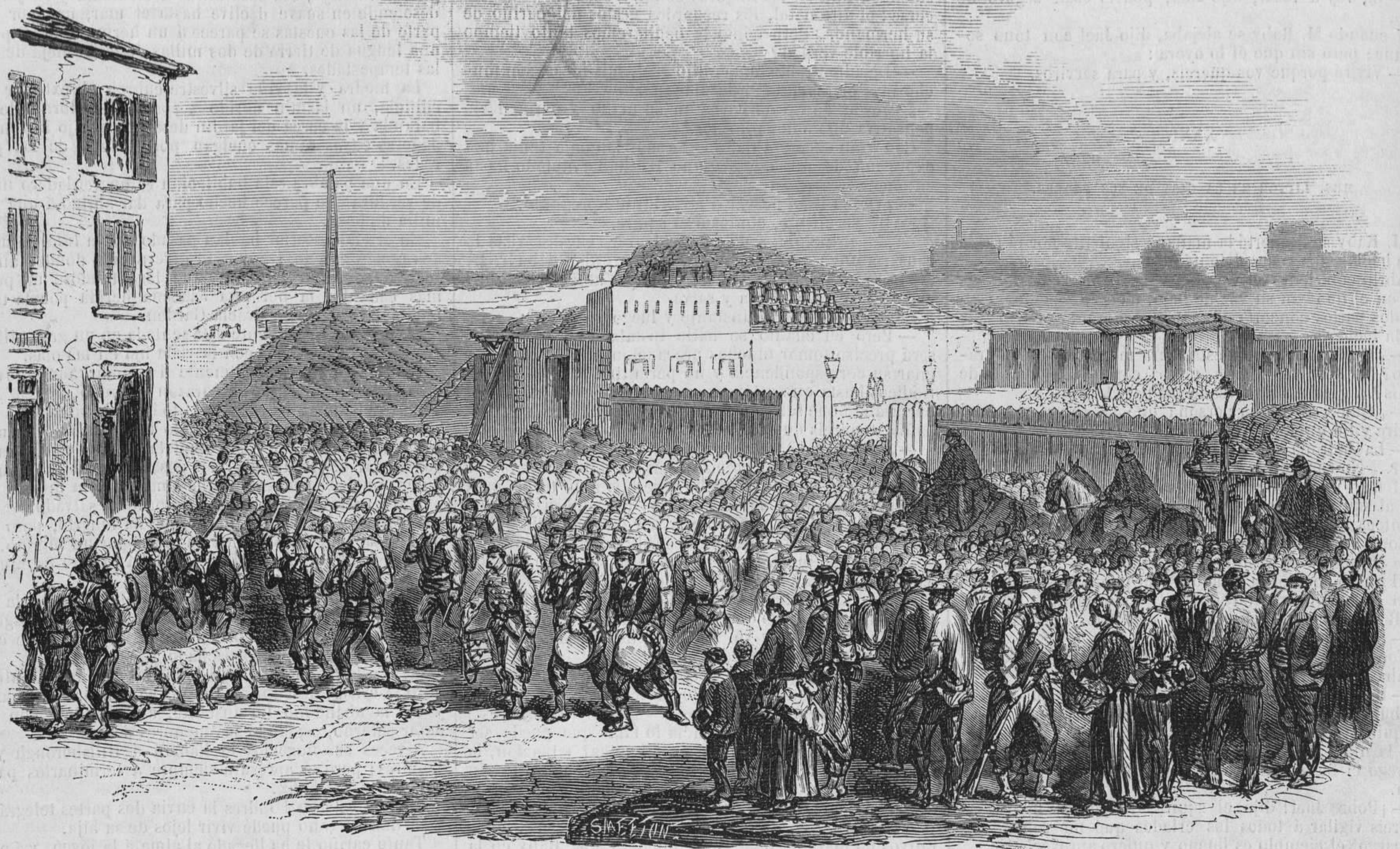
El dibujo que figura en la última página de este número representa la entrada de las tropas en Paris por la puerta de Montrouge, y esta escena, que se ha reproducido en las cincuenta y cuatro puertas de Paris, puede dar una idea á nuestros lectores del movimiento extraordinario de tropas á que hemos asistido.

Las calles están cuajadas de uniformes. Soldados de línea, de la guardia movilizada, zuavos, *turcos*, marinos, artilleros, spahis, cazadores y gendarmes, un flujo y reflujo incesante que ofrece á nuestra vista todos los colores del prisma.

Hay tantos soldados que los cuarteles no bastan, y lo mismo que sucedió en setiembre, ha sido preciso alojar á muchos en las casas particulares.

Las boletas de alojamiento son para un mes, y nos prometemos que en este tiempo el ejército de Paris observará una conducta digna y severa. Además ¿por qué se deja inactiva á tanta gente? ¿No podrian utilizarse en obras útiles esos miles de brazos?

L. G.



SITIO DE PARIS. — Entrada de tropas por la puerta de Montrouge, despues de firmado el armisticio.



SITIO DE PARIS. — Guardias nacionales de las compañías de guerra evacuando el caserío de Drancy, despues del armisticio